

910224.

4

81

MANUAL

DE

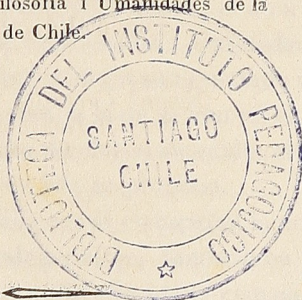
PRECEPTORES

*Traducido libremente i adaptado para
los de las escuelas de Chile.*

POR

D. Rafael Minvielle.

Miembro de la Facultad de Filosofía i Umanidades de la
Universidad de Chile.



SANTIAGO,

IMPRESA DE LOS TRIBUNALES.

— 1845 —

MANUAL

DE

TELETYPE

Instructions for the use of the
Telegraphic Code

THE

Telegraphic Code

Published by the
Telegraphic Code

MANUAL

TELETYPE

— 1845 —

Informe

De la Comision nombrada por la Facultad de Filosofia i Umanidades de la Universidad.

Los infrascriptos cumpliendo con la comision que el señor Rector de la Universidad tuvo a bien encomendarles, para revisar el *Manual de Preceptores*, libremente traducido i adaptado a nuestras escuelas primarias por don Rafael Minvielle, tienen el honor de esponer ante la Facultad de Filosofia i Umanidades, el juicio que acerca de su mérito les a suministrado una detenida lectura de esta obra, a la que se ven en el caso de pagar un justo tributo de elojio, atendido el fin eminentemente benéfico que ella se propone.

Tiempo acia que se dejaba sentir en español la necesidad de un tratado de pedagogia, que, fundado en los principios luminosos a que se alla elevada la ciencia de la educacion, i poniendo a la vista de los preceptores la grave importancia de las funciones añejas a su cargo, propendiera a alzar del estado de abyeccion i nulidad en que yace esta profesion por su naturaleza destinada, a ejercer una influencia de vida o muerte sobre la niñez, i por consiguiente sobre la sociedad entera, pues es indudable que las primeras semillas, buenas o malas, son las que jorminan en el espíritu i el corazon de los niños, las que cada dia echan mas ondas raices, las que forman àbitos que duran tanto como la vida, para tras-

(1) Podian haber escrito: añejas

mitirse despues a otras jeneraciones, qe erederas de las virtudes o vicios de sus padres, ennoblecen i realzan la condicion umana, o la degradan i envilecen.

Por otra parte, aun no se alla por desgracia jeneralmente reconocido como la primera i la mas impetiosa de las necesidades sociales la de la educacion e instruccion, ni mucho ménos se encuentran bastante difundidas entre los padres de familia i preceptores primarios, a cuyo cargo está su inmediata direccion i fomento, ideas perfectas sobre esta institucion fundamental i rejeneradora; siendo asi qe cualquier vicio en su organizacion, cualquier descuido o abandono de los verdaderos principios i de los medios mas adecuados para el desenvolvimiento i perfeccion de las tres facultades qe constituyen el ser fisico, moral e intelectual del individuo no pueden ménos de traer en pos de sí males de irreparable trascendencia.

Tales son los objetos de inmensa importancia qe està destinado a promover el *Manual de Preceptores*, presentado a la Facultad por el señor Minvielle, objetos ciertamente demasiado vastos para un tratado de pocas pájinas; pero qe en calidad de Manual, llena cumplidamente su título, allándose en él reasumidos con precision i claridad los principios elementales de los conocimientos mas necesarios al preceptor primario, las mas sanas máximas referentes al tríple fin de la educacion.

Dividido este libro en nueve capítulos, el primero comprende un juicioso i abreviado resúmen de los deberes del preceptor, de las disposiciones i cualidades qe debe poseer para el fiel cumplimiento de su importante cargo, de los goces i penas qe le son ane-

11) Porquē se escribieron máximas, para hacerle compañía al arejas de la página anterior?

jas, i de los resortes que an de servirle de puntos de apoyo, en la série de sus tareas.

En el segundo se consideran detalladamente i en su union recíproca, las facultades físicas, morales e intelectuales, como otras tantas partes integrantes de la grande obra, cuyo primer impulso i direccion está confiado a los padres i preceptores, indicándose allí lijeramente preceptos de Ijiene i de Jimnástica, como los medios propios para procurar el desarrollo de las primeras de dichas facultades.

El tercero i cuarto abrazan un exámen lójico de las facultades i operaciones del alma, en sus distintas ramificaciones; estudio importantísimo i sin el cual se veria el precéptor en la imposibilidad de llenar el primero de sus deberes, el de formar el espíritu i el corazon de sus alumnos, desconociendo la parte principal e invisible de que se compone el ser umano, i por consiguiente los secretos i delicados resortes de que a de valerse, para encaminarlos a su perfeccion moral e intelectual.

Las observaciones jenerales i reglas prácticas sobre los varios métodos de enseñanza i disciplina escolar, contenidas en el 5.º capítulo, son una oportunidad incontestable; i asi éste como los siguientes asta el séptimo inclusive presentan un cuadro exacto, luminoso i, en nuestro sentir, completo, de los diversos métodos que la razon i la esperiencia aconsejan cómo de mas ventajosa aplicacion en todo curso de instruccion primaria.

La moral relijiosa, la urbanidad, el aseo i la cultura de lenguaje, objetos lamentablemente desatendidos, i aun abandonados en la mayor parte de nuestras es-

cuelas, son materia de los dos últimos capítulos, en que allamos la misma elevacion de principios, la misma claridad, sencillez i pureza de doctrina que en el resto da la obra, objeto de este breve informe, que si bien no puede alcanzar a dar de ella una idea completa, creemoslo bastante para indicar su importancia, i el sentimiento de aplauso i gratitud que nos inspira el laudable esfuerzo de los miembros de la Facultad, que consagran parte de sus tareas a popularizar las luces que la mas sana filosofía, i el talento de eminentes escritores an derramado sobre la ciencia de la educacion e instruccion pública.—*Ventura Cousiño*—*Ventura Blanco Encalada.*

EL TRADUCTOR.

Aunque formada la criatura a imájen i semejanza de su Criador, dotada por lo mismo de los dones que revelan el ser predilecto de la creacion; al nacer el ombre, abandonado a sí mismo seria víctima de su propia debilidad, i los jérmenes que encierra de poder i de grandeza vendrian a ser estériles cuando no nocivos al fin sublime para que es destinado.

La Providencia, consecuente en todas sus obras, a provisto a las necesidades del ombre, i apénas en el umbral de la vida ya le proporciona el alimento con que debe sustentarla, los cuidados i la ternura necesarios para su conservacion. En una palabra, desde el regazo materno asta el sepulcro, término forzoso del viaje, todo lo alla a su servicio, todo contribuye a su desarrollo, a su bien, a su posible ventura.

Esta consoladora verdad, es el incentivo mas eficaz para que el ombre se afane incesantemente en aprovecharse de cuanto el Cielo le ofrece a fin de satisfacer sus necesidades físicas i morales. Para evitar todo exceso en la satisfaccion de unas i otras; preciso es que ponga en juego la intelijencia, patrimonio suyo que le distingue de todos los demas seres.

Todos nacemos con disposiciones mas o ménos felices para llegar al grado de perfeccion, que, oi dia, fuera imposible calcular; i si en tal cual individuo se nota la carencia absoluta de aquellas disposiciones, si

abríga un jérmen maligno i rebelde a toda modificacion intelectual i moral, estas son rarísimas escepciones de la regla jeneral.

Semejante el ombre a la tierna planta que recibe por medio del cultivo, la direccion conveniente o torcida que la mano ábil o inesperta del labrador le da, dependen su felicidad i su desdicha del acertado cultivo de sus facultades desde sus primeros años.

De aí el deber de los padres i preceptores de encaminar por la verdadera senda a la tierna infancia a fin de que pueda luego resistir i vencer en las borrascas que deben asaltarle en la juventud, en las penalidades a que el ombre está condenado en este valle de dolor.

Se engaña, pues, quien imagine que su educacion empieza despues que se despeja su razon. La educacion moral sobre todo, comienza desde la aurora de la vida, i en las primeras reglas es donde a de desplegarse el tino mas esquisito, porque las impresiones que en esa época recibe el ombre son indélebles i sirven de pauta para el resto de sus dias.

En las escuelas primarias, es donde se adquieren los buenos o malos ábitos, donde se forman las nobles o perversas inclinaciones, las ideas exactas o falsas, i por ello jamas será excesivo el celo de los que están destinados a dirijirlas.

De esta verdad nace otra no ménos importante: tal es, que los que se dediquen a la carrera de preceptores de la niñez deben estar dotados de grandes cualidades en particular de un corazon bien puesto, de mucha virtud, de una gran dosis de ternura para los niños de aquella uncion poco comun que ace abrazar i sobrelle-

var con entusiasmo todo lo espinoso de una carrera laboriosa i sembrada de sinsabores.

La preocupacion, no a mucho reinante, acia mirar en ménos a los qe consagraban su talento i sus desvelos a la enseñanza primaria; i era preciso carecer de amor propio o poseer un gran fondo de filantropía para no retroceder, al abrazar tan árida mision, a la vista de tan desdeñoso menosprecio.

Los males consiguientes a estas falsas ideas an sido apreciadas por todos, i el Gobierno i la Universidad an sido sumamente solícitos en estirpar aquella funesta preocupacion, encaminando sus conatos a regularizar i difundir las escuelas primarias, mejorando la condicion de los encargados de dirijirlas.

Sensible es qe algunas imperfecciones en la base adaptada, aya obligado al Gobierno a suprimir, bien qe momentáneamente, la Escuela Normal, destinada a formar un plantel de preceptores, i urje sobre manera crear un establecimiento análogo i mejor cimentado qe remedie el mal qe se siente i qe proviene de la escasez de personas idóneas qe se dediquen a maestros de escuelas.

El *Manual de Preceptores* qe se me encargó traducir i qe modestamente ofrezco a la Facultad de Filosofía i Umanidades, podrá llenar en parte el vacío qe ace sentir la falta de un libro qe contenga los principios jenerales qe deben servir a los preceptores de guía en el desempeño de sus deberes.

E omitido en la traduccion todo cuanto e juzgado qe no podria fácilmente adaptarse a nuestras circunstancias particulares; i e añadido algunos preceptos i observaciones qe en mi sentir no carecen de oportunidad.

autor ?

Despues de echa la version de las reglas jenerales i de los diferentes métodos, me a parecido innecesario descender a los procederes de la enseñanza particular a cada materia; porqe existen tratados especiales de todas ellas, como el método de lectura de D. Domingo Faustino Sarmiento, de Jeografía de D. José Victorino Lastarria, los cuales sirven de texto en los establecimientos de educacion.

Uno de los objetos esenciales de la educacion i que debe recomendarse a los preceptores, objeto a qe e dado toda la importancia qe se merece en este libro, es el de la Moral. No ai qien dudar pueda qe ella es una condicion para qe los demas conocimientos umanos se aprendan bien i qe su adquisicion no sea perjudicial. Así pues en los establecimientos de educacion, por variados qe sean los conocimientos qe se enseñen, todo es malo si la moralidad, la disciplina i el órden son desatendidos.

to de un curso de principios de educacion. Este curso, con el de los métodos, forma el ramo mas importante de la enseñanza, dando un lugar preferente a la instruccion moral i relijiosa que sirven de complemento a la educacion jeneral.

Como la mision del preceptor primario parece ser la mas grave de todas, i como la instruccion primera ace de los pueblos lo que son, está fuera de duda la necesidad de insistir sobre la importancia de estas funciones.

Los jóvenes que aspiren al digno puesto de preceptores deben saber que si su carrera es bella, no es ni brillante ni lucrativa; ella los rodea de una juventud que es la esperanza de la patria, juventud viva, dócil, accesible a los nobles pensamientos i a los sentimientos jenerosos; ansiosa de instruccion, de cuentos, de novedades de todo jénero; deseosa de amar i de ser amada; confiada en todos aquellos que su instinto, no cultivado, les designa. Esta juventud es la que va a escuchar, a seguir, a imitar, a estimar, a venerar a los preceptores. Ella compondrá su sociedad tal vez durante su vida, acompañándola de cuanto de mas bello tienen la gratitud i la humanidad.

Si ellos saben acer el bien que ella reclama, oh! entónces gracias a su reconocimiento su vejez, como su edad madura se cubrirá de flores que se renovarán todos los años; todas aquellas cabezas que los rodean con su rica profusion de cabellos rubios, castaños o negros, arán olvidar sus cabellos blancos, i la sonrisa de la piedad filial borrará las arrugas de su frente. Mas si, por el contrario, los preceptores desconocen su mision, ninguna carrera mas desgraciada que la su-

ya; no abrá fallo cuya severidad pueda compararse con las condenaciones de que su incapacidad o infidelidad será el objeto por aquellas jeneraciones, que se sucederán, con una indignacion cada vez mas enérjica.

Un filósofo pedia para mover el mundo un punto de apoyo.

Este punto para obrar fuertemente sobre los ombres lo tienen los preceptores: ellos son la razon i la conciencia, son en otros términos el espíritu i el corazon del niño. Este viene a ofrecérseles i no tienen mas que aceptarle. I será de ellos miéntras le den el alimento espiritual de que necesita. ¡Qué campo tan vasto i ermoso es el que se les confía! ¡Cómo se presta al cultivo! I dejarán por impericia o negligencia que en él crezcan los abrojos? Arrojarán en él plantas funestas, semillas de muerte? ¡Lo abandonarán a los estragos de los animales dañinos? ¡No se sienten ellos llamados a cultivar las flores mas ermosas, los frutos mas deliciosos? ¡Dejarán de aplicar a esta noble tarea todas sus facultades, toda su vida? El labrador que cava la tierra tiene ambicion: quiere obtener cuanto de mas perfecto es capaz de dar su campo; i ellos que sirven de tipo, serian culpables ante Dios i ante los ombres si en su carrera fuesen capaces de un solo instante de indiferencia.

Sí; la responsabilidad que sobre ellos pesa es grave. La inmensa mayoría de la nacion está confiada a su primera influencia i será lo que ellos quieran que sea, las impresiones que la niñez recibe de los preceptores, son mui poderosas, pues que contienen los jérmenes de las virtudes o de los vicios que en ella deben desarrollarse.

En otros tiempos dominaban la fortuna, el rango, el nacimiento. Este imperio se ha desvanecido cediendo su lugar al imperio más moral de las luces cuya legitimidad está reconocida. Mas las luces aun no están bien difundidas en todos los puntos en que su acción es reclamada. La tarea del preceptor es de consumir su propagación, de formar un pueblo digno por sus virtudes i por sus hábitos morales de los principios que él aprecia i de los derechos que ha proclamado sus legisladores.

Esta es su obra. Sin embargo, si este imperio moral debe prevalecer por sus esfuerzos, la prosperidad material depende también en parte de sus lecciones. Efectivamente a ellos se les pide no solamente alumnos que tengan principios puros e ideas variadas; se les piden no tan sólo hombres de buen sentido, de buena voluntad, de arreglada conducta, sino hombres de trabajo, de industria, de comercio, de ciencia útil. Jentes que solo quisieran conocer sus derechos, i que sabiendo sus deberes, no los estimasen i buscasen sus medios de existencia en no sé que esperanzas quiméricas, en no sé que revoluciones criminales, serían muy malos ciudadanos. Las luces a la par que fortifican las costumbres, deben también, ilustrando las artes, la industria, el comercio i la agricultura, conducir a un legítimo bien estar por medio del trabajo, la temperancia i la economía. Sobre todo es preciso inculcar a los alumnos el deber que todos tienen de ganar su sustento onrradamente, i que solo el que trabaja es un miembro útil a la sociedad, los que no, pueden llegar a ser para ella un objeto de turbulencias, i de desórden.

Empiecen, los preceptores por mostrar a sus alumnos estos principios de orden i de sabiduría sin los cuales los de libertad e igualdad, las miras de perfeccion i de progreso que otros les dan, i que están en la atmósfera moral que respira este siglo, no acen mas que trastornar las cabezas i agitar la existencia. Se encamina a su dicha a los individuos, se trabaja por la prosperidad del estado, si se dan ábitos de trabajo de obediencia, de resignacion i de moralidad; por que en los colejos i en las escuelas es donde los ombres reciben su educacion pública. Pero si en vez de inspirar el gusto por la virtud, i el amor al orden i el ábito de la sumision, se desmoraliza al niño con los vicios de la pereza, del desórden, de la insubordinacion, en una edad en que pasa todo un dia a la vista del preceptor, de quien recibe las lecciones i el ejemplo, aqel será la peste de la sociedad, i la indignacion de la patria no allará para él un reproche suficientemente severo.

Si el contrario comunica a los alumnos las cualidades que forman al ombre de bien, ¿qué servicio mas importante puede acerse a la sociedad i cuál no será la gratitud de esta? Por que ella no pierde jamas de vista a los que la sirven bien.

Tiempo ubo que el *maestro de escuela* tenía una posicion arto diferente. Era inapercibido i qizas desdeñado. Entónces no abian verdaderos *preceptores* se acian *maestro de escuela* cuando no se tenía otro remedio, sin consultar las aptitudes ni la vocacion. En el dia el nombre i la cosa an variado.

Pero las exigencias están en razon del progreso, i se engañaría mucho quien solo pretendiese el *beneficio* sin querer las cargas que le son anejas.

No fuera ménos error por parte de los preceptores, cuando la opinion pública los coloca en su puesto, el querer elevarse sobre todos i salir de su esfera. Ellos no son ni una autoridad eclesiástica, ni autoridad administrativa, son el órgano de la enseñanza pública en la escuela. ¿Es acaso este destino demasiado modesto por su ambicion? Pero el preceptor instruye i educa la juventud en nombre de las familias del Estado i cierto que este papel es bien lucido i alagüeño.

Despues de bosquejada la futura carrera de un preceptor en sus deberes a los que están anejos algunos pesares, incomodidades i sinsabores, fácil es convenirse que nadie debe entrar en ella sin una vocacion pronunciada, sin un carácter apropiado. Los que no tienen ni lo uno ni lo otro, los que la abrazan por solo ganar la subsistencia, que por mil otros medios mas expeditos pueden obtenerse, no serán jamas sinó unos preceptores en el nombre, los cuales léjos de producir algun bien a la sociedad, educando la juventud, le causan un daño insanable.

Menester es no tomar esta onerosa tarea en aquellos momentos de entusiasmo pasajero que suelen arrastrarnos ciegamente; la resolucion debe ser razonada i detenida. Para no retroceder ante los inconvenientes que la práctica de tan difícil tarea presenta, se necesita vigor, salud i contento del alma para hablar i obrar con enerjía con facilidad i de un modo jovial i ameno. Los caracteres indolentes, débiles, melancólicos i taciturnos son los peores para servir de modelos a la tímida i alegre niñez.

Aunque sea difícil en la edad en que algunos jóvenes estudian para preceptores, conocer bien a fondo las

87

cualidades que podrán poseer una vez formados, sin embargo, alguna idea podemos darnos de nosotros mismos. Siqiera por comparacion podemos descubrir las inclinaciones o aversiones dominantes de nuestro carácter. Por otra parte, la voluntad decidida a abrazar una profesion delicada puede contribuir a modificar algunas cualidades, si no son mui pronunciadas, que se opongan a aquel fin. Puede mas esta voluntad; puede inducirnos a adqirir aquel talento flexible, aquella afa-ble dulzura, que se granjea el cariño del niño sin menoscabo del respeto, aquel tacto fino e indefinible que es el gran secreto del preceptor. Es necesario poseer este secreto para poder fácilmente manejar i dirigir tantos espíritus, tantos caractéres diversos.

El que léjos de estar dotado de estas prendas es brusco, altanero, misántropo, de corazon duro, de lenguaje descomedido i libre, de jenio arrebatado, éste no debe, de manera alguna, tomar un camino sembrado de escollos. Indudablemente en el ejercicio de sus funciones se atraeria la enemistad de sus alumnos, la animadversion de los padres, la censura de la sociedad entera, i qizá el castigo de la autoridad pública.

Ademas del mal carácter, que suele depender de un vicio orgánico, ai que atender a la parte moral. Este punto es incuestionablemente el mas grave, el que debe atenderse con especialidad. La conducta de un preceptor debe ser irreprochable, tal cual un padre de familia tiene derecho de exigir en la persona a quien fia la educacion de sus hijos. No nos cansaremos de repetirlo: los preceptores como los padres, i en ciertos casos aun mas que éstos, son los verdaderos modelos de los

niños en los que vemos reflejarse las bellas prendas i los feos vicios de aquellos.

Imposible es que un preceptor pueda sostener su dignidad, ni que pueda ser respetado i creído de sus alumnos, si su conducta, espuesta constantemente a la vista de jueces tan severos, está en oposicion con sus preceptos, si no está acorde con sus lecciones. La virtud tiene en sí un atractivo irresistible, i los niños no pueden ménos de venerar i estimar, con su inocente amor, a una persona que juzgan irreprochable. Por el contrario, toda la inflexible severidad de un preceptor relajado, no conseguirá, a pesar de infundir un miedo pánico, ser respetado i mucho ménos querido.

No es dable que un ombre ignorante pueda ser preceptor porque es imposible que se transmita lo que no se posee, pero mil veces es preferible un preceptor de cortos alcances, de escasos conocimientos, si es moral i de costumbres morigeradas, al de talento mas cultivado pero de perversas cualidades i de un corazon corrompido. El primero no sabe aprovecharse de las felices disposiciones de los alumnos para desarrollarlas i fortalecerlas, el segundo con su pernicioso ejemplo, corrompe la juventud que debe perfeccionar, i los Gobiernos jamás serán escesivamente severos en exigir como primera e indispensable condicion, en los que se dedican a la educacion primaria, la de una moral a toda prueba.

Otra cualidad que puede adquirirse con el estudio i con la práctica, es necesaria a todo preceptor: tal es la de ablar con claridad, con precision, lo que se llama tener el don de la palabra. Es increíble la superioridad que da esta dote a los que la poseen. Los ombres de

mediano talento, si saben dar esplicaciones fáciles, sentar argumentos sensibles a las débiles inteligencias de los alumnos, suelen sacar discípulos muchos mas ábiles que otros preceptores dotados de gran talento i en posesion de conocimientos profundos, pero que carecen de un método fácil de explicar los puntos, de aclarar las cuestiones sobre las materias de estudio.

La *difícil facilidad* de poner al alcance de los niños lo que se les quiere inculcar, es sin la menor duda el medio mas seguro de accion, la palanca si se nos permite decirlo así, del pedagogo, lo que constituye la ciencia de la educacion.

CAPITULO 2.º

Curso de pedagogia—Educacion fisica—Estudio del ombre—Estudio del niño—El cuerpo—La union del cuerpo i del alma—Ijiene—Jimnástica.

El curso de pedagogia abraza los tres puntos siguientes: estudio de las facultades físicas del ombre i principios de educacion física; estudio de las facultades morales i principios de educacion moral; estudio de las facultades intelectuales i principios de educacion intelectual.

Preciso es conocer el ombre para poder encargarse de su educacion. Educarle es dar a todas sus facultades, o bien a aquellas que se trata de cultivar, el grado de fuerza i de desarrollo que se requiere para la carrera a que se le destina. Tambien se a dicho que la educacion debe dar a cada una de nuestras facultades el completo desarrollo de que es susceptible. Esto es un error: algunas de ellas, por el contrario, no deben desarrollarse completa e indistintamente para todas las carreras. En jeneral, nuestras facultades no pueden cultivarse todas simultáneamente. Léjos de eso, no acrecen las unas sino a costa de las otras, i si existe un grado

de cultivo favorable a todas, débese tener cuidado de no pasar mas allá de este punto. Nos esplicaremos por medio de ejemplos. En cuanto a las facultades físicas, los que procuran el desarrollo de la fuerza, perjudican el de la delicadeza. Por lo que toca a las facultades intelectuales el cultivo de la memoria o del raciocinio paraliza el de la imaginacion. Respecto a las facultades morales, el valor i la enerjía se adquieren en detrimento de la sensibilidad i de la prudencia. Pero a un punto dado, estas facultades, en vez de escluirse, se ayudan entre sí; i a la educacion pertenece cultivar los dones de cada uno segun el destino a que está llamado.

Para poder dar educacion o formar las facultades físicas, intelectuales i morales del niño, se debe empezar por estudiarlas.

Se estudian, observándolas al principio, analizándolas despues, i reasumiendo en fin estos análisis i aquellas observaciones en ideas jenerales.

El ombre es a un tiempo mismo un ser visible i un ser invisible. Está compuesto de un cuerpo que pueden percibir los sentidos, i de una alma que los sentidos no ven, pero que percibe por ellos el exterior i por ella misma el interior.

Lo primero que se ofrece al estudio es el cuerpo. Lo vemos i lo tocamos. Seguimos sus movimientos; nos apercebimos de todas las sensaciones de placer o de dolor que ace experimentar al alma. Mas no por eso lo conocemos mejor que ésta. Se dice ordinariamente que se le observa con mas facilidad, puesto que para ello solo se necesita de los sentidos, pero esto es falso. El cuerpo no se siente a sí mismo; solo el alma es la que

lo apereibe, por los sentidos i los órganos de los sentidos. El alma, pues, conoce tan fácilmente lo que se pasa en ella, el disgusto o el placer que siente, de la idea que prosigue o de la actividad que despliega como lo que pasa en el cuerpo, por ejemplo, las eridas que se le acen, todas las impresiones agradables o dolorosas que experimenta.

El cuerpo, como el alma tiene su rejion misteriosa. Sus órganos interiores son invisibles a los ojos en el estado de vida. Puede observarse el juego de las venas, de los músculos, de los nervios, del cerebro, de los pulmones, de las entrañas, de los uestos, del ombre vivo, i este juego que esplica la fisiología, ofrece a nuestro estudio instrucciones del mayor interes. Mas para que puedan examinarse estos objetos con el escalpelo en la mano, es necesario que ayamos cesado de vivir; que se opere la separacion del cuerpo i del alma. Entónces ya no queda mas que un cadáver en el que se puede seguir toda aquella organizacion tan bella i maravillosa que ace del ombre la criatura mas perfecta de la tierra. El alma, al contrario, puede ser estudiada enteramente, no solo en el juego de sus facultades, sino en sus facultades mismas, a pesar de su reunion con el cuerpo, que muchas veces se considera como su prision, pero que en realidad a ella está sujeto.

Bueno es que el preceptor tenga algunas nociones aunque lijeras de la organizacion umana a fin de poder dar a los niños las lecciones necesarias para la conservacion de su salud, i de que pueda dirigir con inteligencia los ejercicios que tienen por objeto el desarrollo de las fuerzas físicas.

Daré el nombre de *Ijiene* a las reglas i a los medios

que tienen por objeto la conservacion de la salud. Algunos tratados de medicina contienen excelentes preceptos i buenas instrucciones sobre este punto esencial.

Se da el nombre de *Jimnástica* al conjunto de los ejercicios que tienen por designio el desarrollo regular de las facultades físicas del ombre, al conjunto de las reglas o al arte que preside a estos ejercicios. i

Estos varian segun los climas i las costumbres s aun segun las estaciones. Como en este tratado no proponemos solamente dar reglas jenerales sobre lo deberes i funciones de los preceptores, no podemos estendernos en esta materia, perfectamente tratada en las obras especiales de Jimnástica. Nos limitaremos a decir que todo ejercicio corporal como la carrera, el columpio, los saltos, la equitacion, natacion i esgrima, el baile, fortifican i robustecen el cuerpo, lo conservan en buena salud i procuran una larga vida.

No dejaremos este punto sin encargar a los preceptores que entre los medios ijiénicos que deben recomendar a sus alumnos no olviden la sobriedad, la temperancia i la limpieza.



CAPITULO 3.º

Continuacion del curso de pedagogia—Educacion intelectual—Del alma—De sus principales facultades—La intelijencia—El pensamiento—La atencion—La percepcion—El racionio—La reflexion—El juicio—La memoria—La imaginacion—La ciencia—Las ideas abstractas.

La educacion intelectual tiene por fin, no de dar a todas i a cada una de nuestras facultades intelectuales el desarrollo entero de que son susceptibles, sino toda la capacidad que es necesaria o útil para los deberes que tenemos que llenar cada uno segun su carrera.

Para allarse en estado de perfeccionar estas facultades, o aquellas que exijan un cultivo especial se a de empezar por estudiarlas cada una en sí misma, i todas en su admirable conjunto. Este estudio se llama *Psicologia*.

El alma, esta parte de nosotros mismos tan superior al cuerpo, se distingue por tres grandes facultades: la de *pensar*, la de *sentir*, la de *querer*; esto es, la sensibilidad, la intelijencia, la voluntad. Todas se ejercitan i perfeccionan por medio de los órganos del cuerpo; i estudiándonos a nosotros mismos, reconocemos el ór-

den con que ellas se desenvuelven. Entre los filósofos existe la cuestion de saber si *sentimos* ántes de *pensar*, o si el juego de la intelijencia precede al de la sensibilidad. Mas esta cuestion, no resuelta, no tiene para los preceptores ninguna importancia. Lo que es cierto, es que en el alma se operan algunos actos de intelijencia, i que ella tiene ideas, nociones, pensamientos que no están acompañados de ninguna de aquellas emociones que se llaman actos de sensibilidad; miéntras que ninguno de estos actos, de estas emociones deja de estar acompañado de un acto de intelijencia, de una idea, de una nocion o de un pensamiento. En jeneral, las tres grandes facultades del alma están unidas de manera que no forman mas que una sola alma; no forman pues tres cosas diferentes.

En cuanto a la voluntad, es evidente que pensamos i sentimos ántes de *querer*.

En la infancia, la sensibilidad es la que primero se manifiesta. Ella es la que domina. En efecto, todos los instintos del niño están excitados por los objetos que le rodean, i parece que por medio de los sentidos le llegan los primeros alimentos de su intelijencia, las primeras impresiones que excitan su juego.

En todo el curso de la vida, la sensibilidad hace un papel poderoso. Nuestros sentidos reciben sin cesar impresiones i algunas de ellas nos causan un encanto indecible: el magnífico espectáculo del cielo estrellado regocija nuestra vista; nuestro oído se deleita con una música deliciosa; nuestro olfato se complace con el perfume que exala una flor; nuestro gusto se lisonjea con el sabor de un manjar esquisito. El tacto mismo tiene sensaciones agradables.

Estas sensaciones no se detienen en los sentidos o en los órganos de los sentidos. Van asta el alma. Cier- to es que ai impresiones que pasan inapercibidas, a las que no prestamos atencion, o de que no tenemos conciencia. Depende esto de que en aquellos instantes esta- mos preocupados por otras sensaciones mas fuertes, mas interesantes para nuestra alma. Por ejemplo, en el momento que una bala de cañon pasase por sobre la cabeza de un soldado, el perfume de una rosa, por mui cerca que esta estuviese de su persona, no llegaria asta su olfato; por estar su atencion fija en otro objeto.

Estos casos no son raros. Sin embargo, en el estado ordinario, nos apercibimos de las impresiones que espe- rimentan nuestros sentidos. Ellas nos llegan asta el alma. La intelijencia se ampara de ellas, las analiza, las descompone, las compara entre sí, observa su carácter, i forma de ellas una idea. De estas ideas ace juicios, racionios, teorías, un sistema, la ciencia.

Esta actividad de la intelijencia se llama el *pen- samiento*.

Efectivamente, no son nuestros sentidos los que com- paran, los que analizan, i observan los caracteres de los objetos que los clasifican; i es nuestra alma, nues- tra intelijencia la que ace todas estas operaciones, por medio de un acto jeneral que se llama *pensar*.

Lo que primero ace el pensamiento es distinguir bien, de nuestros sentidos i de nosotros mismos, los objetos exteriores que obran sobre nuestros sentidos. Es lo que los filósofos llaman *distinguir el mundo in- terior del mundo exterior*, el *yó* del *no yó*, palabras científicas que los profesores de estoblecimientos pri- marios no tienen necesidad de usar, i que nosotros

citamos tan solo por que allándose en algunos libros pueden serles útiles, i por que deben conocer este lenguaje.

La intelijencia, una de las tres grandes facultades del ombre, se descompone o se distingue de muchas facultades secundarias.

La facultad de observar lo que iere nuestros sentidos o que ocupa nuestra sensibilidad, nuestra intelijencia o nuestra voluntad, se llama *atencion*.

La de conservar el recuerdo de nuestras sensaciones, de nuestras ideas i de nuestras resoluciones, se llama *memoria*.

La de recordarnos la imagen de lo que nos a afectado de cualquier modo o de combinar entre sí algunas sensaciones se llama *imajinacion*.

La de examinar bien nuestras sensaciones se designa por el nombre de *refleccion*.

La de comparar las cosas, las imajenes o las impresiones con todos sus caracteres, se dice *comparacion*.

Ai otra de las mas preciosas i que se asemeja a la *comparacion*: es el *juicio*. Desde que comparamos dos cosas, las allamos iguales o diferentes, mas grande, mas bella, mas chica, mas fea la una que la otra. Enunciar este resultado es pronunciar un *juicio*.

Obsérvese que la palabra juicio tiene en nuestro idioma como en el frances tres acepciones diferentes: significa la facultad de juzgar, el juego de esta facultad o la operacion, i el resultado de esta operacion, el juicio pronunciado.

Lo mismo sucede con la palabra raciocinio. Ligar entre sí dos o mas juicios, es *raciocindr*. El raciocinio es una facultad, una operacion i el resultado de

94

una operacion. Sin embargo en español espresar con palabras un raciocinio se llama *razonar* i el acto *razonamiento*.

Nos toca aora saber lo que el preceptor debe acer para la educacion intelectual de sus alumnos, a fin de asegurar a sus facultades intelectuales el desarrollo que exije su carrera.

Este debe ser el objeto de sus mas sérias meditaciones, por que a este respecto solo pueden darse reglas jenerales, i a ellos corresponde aplicarlas segun las localidades, las clases i los individuos. E aquí las mas importantes de estas reglas:

Jamás debe enseñarse a los alumnos sinó lo que deban saber, lo necesario, lo útil.

No deben jamas desarrollarse aquellas facultades que sería peligroso, o cuando ménos, inútil desarrollar.

Considérese sobre todo que no ai estudios ni conocimientos de puro adorno para las clases laboriosas, i que llamarlas al lujo de la instruccion para escluir las de ellas despues fuera una especie de crueldad.

Que la enseñanza sea siempre perfectamente clara; que nunca quede la intelijencia del alumno en la duda, en la incerteza, en la oscuridad.

A de tenerse entendido que las facultades se perfeccionan bien en el orden que la naturaleza lo a dispuesto.

Durante la infancia lo mas fácil de ejercitar es la intuicion i la memoria, i en un sistema de enseñanza debe presentarse a la atencion del niño el mayor número posible de objetos.

Como las palabras són necesarias para recordar las

cosas, i los números para el conocimiento de las magnitudes o de las relaciones, es preciso enriquecer la memoria de palabras enriqueciendo la imaginacion de signos.

Nunca debe sacrificarse el conocimiento de las cosas al de las palabras, ni el de las palabras al de las cosas.

Sobre todo no se debe apresurar imprudentemente el dar lecciones a los niños. Al contrario se a de tener consideracion, en la casa paterna como en la escuela, a la flaqueza de sus órganos delicados. Durante la union del cuerpo i del alma, el juego de las facultades intelectuales está unido al de las facultades físicas i a la condicion de los órganos materiales. E imprimiendo a unos resortes aun tiernos un movimiento demasiado rápido i brusco, no solo abria riesgo de romperlos o destruirlos sino qe se entorpecería el progreso intelectual qe depende de su elasticidad. No se a de exigir del niño sinó una atencion proporcionada a las fuerzas de su cuerpo i de su alma. Para desarrollarse con armonia, esta atencion necesita variar su trabajo i pasar de un objeto a otro, ántes de qe se vea atacada de una laxitud funesta. El espíritu del niño es tan móvil como su cuerpo, e impidiendo sus descarríos, no se a de tener la pretencion de reformar la naturaleza. Debe darse a esta movilidad lo qe es lejítimo. Ai niños de una gravedad i de una instruccion extraordinaria; los preceptores deben felicitarlos de tener a su disposicion estos jérmenes tan fecundos de capacidad pero deben cuidar de no darles un *impulso* demasiado fuerte i precipitado, por qe el abuso de las fuerzas intelectuales, como el de las físicas,

las perturba i destruye; así como la inaccion las enerva; i sea esta la causa o bien efecto de una anomalía inesplicable, no es raro ver a estos niños precoces i de grandes esperanzas eclipsarse asta el grado de que en la edad madura no son sino unos ombres mediocres.

En la época de la adolescencia la imaginacion tiene una gran tendencia a predominar, preciso es contenerla en sus límites, para que no se estravie.

En la edad madura el alma, mas acostumbrada a comparar, posee en toda su plenitud la facultad de *juzgar* i de *conocer*. I el *conocimiento* exacto, la *ciencia* es el último i el mas bello resultado de toda esta actividad de la intelijencia, de todos estos actos del pensamiento. Mas no se obtiene este resultado sinó en tanto que ya está preparado por los ejercicios de la tierna edad. Prepárese la niñez por medio de buenos ejercicios, que tienen por fin el dar a la intelijencia fuerza i claridad, esto es rectitud i verdad; ejercicios sobre los que ablaremos cuando tratemos del *método*.

Cuando examinamos un objeto o un fenómeno en todos sus caracteres, obtenemos una *nocion* mas o menos *clara*, una *idea* mas o menos *completa* cuando solo examinamos las cosas superficialmente, no tomamos de ellas sinó ideas mas o menos oscuras, incompletas, confusas. Al alumno debe acostumbrársele a examinar i comprender. El ábito contrario, de no examinar nada, de no comprender nada, es una de las peores enfermedades del alma. Es *aturdimiento* o *imbecilidad*.

Déseles solamente ideas claras; tambien ideas generales.

Se sabe mui bien, por ejemplo, qe cosa es un árbol, se sabe qe es una planta robusta, mui desarrollada, cuyas raices se internan en el suelo, cuyo tronco se eleva en el aire, cuyas ramas se estienden en el espacio, i qe estas ramas son numerosas, qe dan *flores* i *frutos*. Esto no es sin embargo sinó una *idea jeneral*, una *nocion abstracta*; i sobre todo, si existen castaños, manzanos etc. llamados comunmente *árboles* no ai nada qe simplemente se llame *árbol*, todo árbol es castaño, o manzano, espino etc.

Podia decirse qe puesto qe en el mundo real nada ai qe corresponda a ciertas ideas jenerales, estas ideas no son sinó palabras o abstracciones inútiles. Sería un error sostener semejante paradoja, i no ablaríamos aquí de ella sin no fuese necesario, por qe pueden deslizarse fácilmente definiciones falsas, el dar sobre este punto ideas bien claras. Asi es qe se dice, en ciertos manuales sobre el lenguaje, qe los sustantivos se distinguen en dos clases, qe unos espresan objetos reales o concretos i los otros objetos *imaginarios* o *abstractos*, entre estos últimos se citan la justicia, la virtud, la caridad. ¿Es por ventura exacta esta difinicion?—Sin duda qe en el mundo no existe ningun objeto, ningun ser qe sea la *justicia*, la *virtud* o la *caridad* en persona. Mas esto no quiere decir qe estas virtudes sean imaginarias o solo sean abstracciones. I la prueba es qe sabemos perfectamente qe cosa es cada una de estas virtudes. Sin duda qe son lo qe ai entre nosotros de mas admirable i mas necesario, i si ellas, no se allan personificadas o encarnadas enteramente en todos los ombres, no por eso dejan de existir felizmente en muchas personas, i en un grado tan

onroso para ellas como sensible para todo el mundo.

Por abstractas que sean sería locura negarlas.

Acercar unos a otros nuestros mas ciertos conocimientos, nuestras ideas mas completas, i nuestras nociones mas puras; ilustrarlas, completarlas i acerlas mas instructivas las unas por medio de las otras; determinar su naturaleza, su valor, su relacion i su alcance; sacar de ellas consecuencias, deducir teorías, o creencias i enseñanza, tal es la ocupacion mas bella de nuestra intelijencia. La facultad de acer todo esto es lo que se llama *razon*. Servirse de ella, es acer juicios; es *raciocinar* o acer *raciosinio*.

Cuando la intelijencia juzga o raciocina, ejerce su funcion suprema. La *razon* es como la voz o la reina de las otras facultades de la intelijencia.

Todo lo examina: justifica suficientemente para admitirlo; i desecha todo lo que no sea *razonable*, esto es conforme a las leyes que Dios mismo a dado a nuestro ser. Esto se concibe fácilmente. No siendo la razon umana sinó un reflejo de la razon divina, obedece necesariamente a las leyes que Dios a prescripto a su actividad. No podria ella dejar de someterse; i adoptar cosas irrazonables fuera una prueba de flaqueza de enfermedad o al ménos de incuria en el espíritu.

Pero la intelijencia umana, echa para investigar la razon de todo, está mui léjos de allarla siempre.

Buscando la razon de todo, llega a las grandes cuestiones de la creacion del mundo, de la existencia de Dios i de la inmortalidad del alma, cuestiones que sus solas luces no pueden alumbrar sinó asta cierto punto, i sobre las cuales pide que las luces divinas es-

parzan aqel esplendor tan puro i tan vivo con que brilla la relijion.

La enseñanza de la relijion es pues de todas las que asegura a la educacion intelectual el desarrollo mas elevado i mas completo.

A la educacion intelectual, que forma la intelijencia para lo Verdadero, se une íntimamente la educacion moral, que tiene por objeto formar la voluntad para el Bien, i la educacion estética, que forma la sensibilidad para la apreciacion de lo Bello.



CAPITULO 4.º

*Continuacion del curso de pedagogia.=La sensibilidad
i la voluntad=Educacion estética=Educacion mo-
ral.*

Emos visto ya cómo las impresiones qe los objetos exteriores acen sobre los órganos del cuerpo, ejercitan las diferentes facultades de nuestra intelijencia i obran sobre los diferentes actos del pensamiento. Veamos tambien cómo dependen estas mismas impresiones de las sensaciones i ejercitan la facultad de *sentir*, la *sensibilidad*.

De aí pasaremos al estudio de la voluntad uniendo algunas indicaciones sobre la educacion moral de la juventud.

Sentir es apercibir una impresion, es tener una sensacion.

Las sensaciones son o agradables o desagradables, o indiferentes, es decir ni lo uno ni lo otro. Llámanse sensaciones agradables las qe causan placer; sensaciones desagradables las qe causan dolor.

Ai otras muchas qe se llaman indiferentes, qe no producen ni placer ni dolor, a las cuales somos in-

sensibles. Esta insensibilidad depende, ora de nuestra organizacion física, ora de nuestra educacion moral, ora de nuestra cultura intelectual i de nuestros conocimientos.

Así es que un trozo de música agrada asta el éxtasis a uno, i deja a otro en una completa indiferencia.

La sensibilidad depende tambien de nuestros hábitos i de nuestros recuerdos. El aspecto de una campiña que nos recuerda aquella en que emos pasado los primeros años de nuestra vida, llena nuestro corazon de delicioso placer, miéntras que nada dice a quien no tiene recuerdos de esta naturaleza.

Depende en fin de nuestra vida, de todo lo que constituye nuestra individualidad. Efectivamente, el dominio de la sensibilidad es inmenso; abraza el mundo físico, intelectual i moral. Esto es lo que explica la riqueza i la infinita variedad de nuestras sensaciones.

A las sensaciones se ligan los *sentimientos*. Algunas veces se toman estas dos palabras en el mismo sentido; así es que se dice: tener un sentimiento de dolor o una sensacion dolorosa. Mejor es distinguirlos. La sensacion es la *impresion* que el alma recibe de los objetos por los sentidos, i el sentimiento es la *percepcion* que el alma tiene de los objetos por los sentidos, pero que tambien significa la facultad que tiene el alma de recibir la impresion de los objetos por los sentidos.

Luego el sentimiento es una percepcion o una facultad del alma i la sensacion es solamente la impresion que recibe.

La palabra sentimiento se toma tambien en una ascepcion mas elevada. Significa la facultad que tene-

mos de conocer, de comprender o de apreciar ciertas cosas sin el socorro de la observacion i del racionio, facultad que es como una especie de instinto. De esta manera, tenemos el sentimiento de lo bueno, de lo bello, de lo justo, o el sentimiento de nuestra fuerza, de nuestra flaqueza.

Pero en su acepcion mas comun i mas digna de nuestra atencion, el sentimiento no designa ni la impresion que recibe el alma de un objeto, por medio de los sentidos, ni la percepcion que de él tiene, ni la facultad instintiva de conocer: designa los movimientos, las emociones, las afecciones, las pasiones del alma.

Lo que a los preceptores importa estudiar para la educacion moral de sus alumnos, es los sentimientos de amor i de ternura, de odio i de aversion, de cólera i de venganza, de dolor i de arrepentimiento, de placer i de gozo, de pesar i de resignacion, de relijion i de piedad, sentimientos que ocupan un lugar tan distinguido en la vida del ombre, i cuyos jérmenes todos existen o se deslizan en el corazon de la infancia.

Cuanto mas vivos son estos sentimientos, mas conmueven o trastornan nuestro ser, cuerpo i alma.

Ellos afectan mas vivamente el corazon. Por eso es que se considera que en el corazon reside la sensibilidad, i de ahí provienen las locuciones, corazon tierno, duro, bueno, malo; i muchas espresiones figuradas tales como corazon de cera, corazon de roca.

La infancia se distingue por una dulce i tierna sensibilidad, las impresiones que recibe son profundas; no se borran fácilmente, i suelen a menudo dominar al ombre durante su existencia: tambien deciden de su-

destino. Por eso importa tanto acer que el niño ame todo lo que es bello i bueno.

Formar el sentimiento i perfeccionar el gusto de lo bello, es, segun una terminolojia moderna i un poco estranjera, dar la educacion *estética*.

Con los ejemplos que se ofrecen a la niñez es como principalmente se opera su perfeccion moral. Que el niño no vea en las acciones de que es testigo sino aquella eqidad que se ace sentir tan fácilmente en su corazon i en su espíritu, sino aquella dulzura i aquella bondad que son el patrimonio del ombre virtuoso. Que se le acostumbre al placer de la beneficencia que está al alcance de todas las edades. Que se le abitúe a dominar sus movimientos, a someter su voluntad a su razon. Que algunas pruebas manejadas con cuidado le agan sentir los efectos felices o desgraciados de las buenas o malas acciones. Es esencial desviar de su espíritu los errores que tantas personas se complacen en ofrecerle so pretesto de divertirle, o para desembarazarse de las preguntas que les dirige su natural curiosidad.

Ai preguntas a que no es necesario responder; a todas las otras la simple verdad es la mejor respuesta.

La época de la adolescencia sobre todo es la que exige mayor vijilancia a este respecto; es la época del mayor ensanche, es en la que nacen en el corazon del jóven los pensamientos, las resoluciones, los afectos mas caprichosos. Buenos ejemplos, palabras sabias, una sociedad onesta, una instruccion esmerada le fortalecerán en sus ábitos de órden i de regularidad. La ignorancia, las malas compañías, los libros perniciosos i los funestos consejos, le perderian para siempre.

Dirijir todos nuestros sentimientos ácia el bien, ale-

jarlos del mal, tal es el especial fin de la educacion *moral*.

Preciso es para esto que un solo sentimiento domine a todos los demas, el sentimiento del bien. ¿Qué sentimiento es este?

Nuestros pensamientos i nuestras acciones van, en ciertos casos, acompañados de un sentimiento de satisfaccion i de aprobacion por nosotros mismos; en otros de un sentimiento de desaprobacion, de pesar i de remordimiento.

Este sentimiento tiene su oríjen en la conciencia, poder terrible que aprueba en nosotros lo que es bueno i que desaprueba lo que es malo.

La conciencia es una voz que viene de Dios, como la razon es una luz que viene del lejislador supremo. Por medio de la conciencia i de la razon es como el Criador conduce las criaturas inteligentes, i por medio de la una i de la otra es como él quiere someter el ombre a su lei divina.

En efecto, no basta que la intelijencia del ombre sea suficientemente ilustrada para ver lo verdadero, i su sensibilidad bastante bien dirijida para amar lo Bueno, preciso es tambien que su voluntad sea bastante firme i pura para querer lo que Dios quiere que queramos. Esto es para nosotros la perfeccion.

¿Qué es querer?

La voluntad es la tercera de las grandes facultades del alma; es la inseparable compañera del pensamiento i del sentimiento. Necesariamente queremos lo que corresponde a nuestras ideas, lo que nos causa placer. Aborrecemos i evitamos naturalmente lo que subleva la razon o nos causa dolor.

100

La voluntad es algunas veces ciega, instintiva i otras veces razonada, reflexiva. Jamas debe ser forzada por otro que nosotros mismos. Jamas debe ser la esclava de otro que nosotros mismos. Es echa para ser libre, esto es para poder escojer entre el bien i el mal. Podemos vernos privados de esta libertad; se nos puede violentar, sea debilitando nuestra intelijencia i privándola de la luz, sea corrompiendo nuestra sensibilidad i precipitándola en el mal, sea forzando nuestro brazo por una coercion material. Mas en el estado regular, nada ai que pueda apoderarse de nosotros mismos, nadie puede forzar el santuario de nuestra conciencia i acernos querer lo que nosotros no queremos. Porque somos libres de querer el bien o de no quererlo, es que ai mérito en amarlo i uir del mal. Si, por nuestra propia naturaleza, o por un poder extraño a nosotros, nos viesemos forzados a aborrecer el mal i a amar el bien, no seríamos libres, i entónces no abria en nuestra voluntad ni falta ni mérito, ni inmoralidad ni moralidad.

Nuestra voluntad es pues libre, i porque es libre es moral, es meritoria, i por eso los actos que ejecutamos son buenos i justos, o malos i culpables. La grande obra de la educacion es formar el corazon del niño de tal suerte que quiera siempre el bien, que lo quiera en todas las circunstancias de la vida, i que lo quiera con firmeza, con perseverancia, a despecho de todos los obstáculos i a pesar de todos los sacrificios.

No obstante, la educacion se limita a dirigir la voluntad, pero no puede crearla. Ella toma el ombre tal como la naturaleza le a echo, no le reace a su gusto i le pule.

Para pulirle, debe tomarle tierno; i acechar por decirlo así, las primeras manifestaciones de su voluntad; a fin de darles una direccion poderosa i sabia en cuanto aparecen. ¿Qué ai que acer a este respecto?

Los primeros jérmenes de la voluntad son los *instintos*. De estos algunos merecen la mayor atencion.

El niño siente la necesidad de estar bien, de ocuparse, de que se le anime, de que se le ame, de amar i de imitar.

Exije desde luego que el sentimiento del bienestar sea su estado abitual: llora, rie, segun que está bien o mal, i nada ai mas digno de la solicitud de los preceptores que estas necesidades.

El niño trata, en su instinto de actividad, de mover sus miembros, de desplegar sus fuerzas, de crearse ocupaciones conformes a sus medios. Estas ocupaciones no son mas que juegos; pero se a dicho muchas veces, los juegos de los niños son trabajos.

La necesidad de estímulos i de distinciones que se manifiesta en la infancia es algunas veces tan viva en ella que ace prodijiosos esfuerzos por merecerlos.

Tiene tambien tal necesidad de amar i de ser amado que se aficiona a quien le ace bien, que se sonríe con quien se le muestra afable i acaricia: a quien le ace cariños.

El niño experimenta tambien naturalmente los sentimientos que ve reinar en los otros. Se regocija o se aflige con los que se regocijan o se aflijen. Siente sus gozes i sus penas. Siente lo que ellos sienten. Este sentimiento instintivo se llama simpatía, i el Criador lo a puesto en el corazon de todos los ombres para acerlos ermanos. Los que se gozan en las penas de los otros, o que se aflijen de sus placeres, están en un estado de

enfermedad que se llama envidia, celos. Esto, en moral, es un vicio orgánico que puede causar la muerte, i que se esfuerza en ocultarse, por lo vergonzoso que es. Preciso es curarlo con cuidado, desde que se anuncia en el corazon de un niño.

El instinto de la imitacion i el de la independenciam que es su correctivo, no son los ménos fuertes de los que tiene la infancia. Enseñen los preceptores a sus alumnos lo que merece ser imitado, pero áganles conocer a tiempo que, en este mundo, la independenciam de los unos está siempre modificada i limitada por la de los otros; que solo a fuerza de sacrificios recíprocos se consigue gozar en la vida, no de una independenciam absoluta, sino de la mayor libertad que es posible tener.

Los *instintos* acen nacer los *deseos*. Los deseos que reinan actualmente se convierten en *inclinaciones*. Las inclinaciones a las que nos entregamos se cambian al principio en *afecciones* despues en *ábitos*. Muchas veces llegan a ser *pasiones*, es decir movimientos violentos, impetuosos, que nos obsecan i nos aturden asta el punto de arrastrarnos, a pesar nuestro, a las mayores faltas, a las mas sublimes virtudes.

Toda pasion que no obedece a la razon es a un tiempo mismo una embriaguez intelectual i un sufrimiento moral.

Las afecciones que importa dirigir bien en la infancia son el miedo, la excesiva delicadeza, el mal umor, la cólera, la alegría, la esperanza, el capricho. Enseñar a los niños a dominar estas afecciones, a someterlas a la razon, es precisamente la gran tarea de la educacion moral.

El secreto para lograrla es unir el ejemplo al precepto. El preceptor que sabe moderar sus afecciones i que es dueño de sí mismo, es el único que es *dueño* de sus alumnos, el único que tiene autoridad, el que les inspira confianza, i el que ace respetar, con la virtud que él muestra, los preceptos que enseña.

Suele decirse que el preceptor da la enseñanza i el padre de familia la educacion. Nada mas falso, i faltaría al mas precioso de sus deberes el preceptor que no concurriese a la educacion moral de sus alumnos. ¿I de qué modo concurrirá a ella?

E aquí las virtudes o las cualidades que el niño debe aprender en la escuela: el amor a todo lo que es bueno, el gusto por todo lo que es onesto, el ábito de la obediencia, de la atencion, del trabajo, del órden, del aseo, de la veracidad, de la justicia, de la benevolencia.

Aora, preguntamos, el preceptor que ace adquirir estos ábitos a los alumnos, ¿no concurre a su educacion? i si un preceptor no concurre a ella ¿con qué fin es preceptor? tomemos la inversa i resultará mas conspícua esta verdad. ¿Quién podría tolerar un establecimiento de educacion donde el niño se iciese malévolo, mentiroso, desaseado, trapacero, perezoso, distraido, desonesto, malvado?

Los obstáculos que encuentra el maestro en su obra de educacion son mui graves. No solo son defectos de la infancia, la pereza, la terquedad, la disipacion, la golosina, i todo lo que se llama sensualismo, que es preciso combatir; son tambien el mal ejemplo, la indiferencia, el amor propio, la falsa ternura, las prevenciones i las mil i una debilidades de ciertos padres i de

ciertas madres. No crea el preceptor que obtendrán gran fruto sus lecciones i sus ejemplos, si la educacion relijiosa no viene a unir a su accion un poder i una autoridad mas alta que la de la educacion moral.

La educacion relijiosa de la infancia es propiamente del resorte del sacerdote, i la instruccion superior de que ella depende así como la direccion interior que ella reclama, está reservada a su ministerio; mas sería mui incompleta, sino fuese sériamente preparada: sinceramente segundada por la del preceptor. Indicáremos pues, en el artículo de la instruccion moral i relijiosa, lo que debe acerse para llenar tan sagrada obligacion.

CAPITULO 5.º

Curso de los métodos de enseñanza—De la necesidad de un buen método—Principios jenerales de todo método—Principios jenerales de disciplina para todo método.

Llámase método de enseñanza el principio i los medios jenerales que se emplean para comunicar a los alumnos lo que deben aprender.

Fácil es concebir la importancia de un buen método. Seguir uno malo, es seguir un principio falso i emplear malos medios. Todo ombre que enseña debe pues tratar de buscar con cuidado cuál es el mejor de los métodos, o mas bien cuál es el único bueno, pues que no ai dos para el mismo maestro i los mismos alumnos.

Serian incapaces de acer esta investigacion, los preceptores que no estuviesen en estado de distinguir lo que es bueno de lo que no lo es, i no tuviesen una opinion fija acerca de las condiciones que debe llenar un método para merecer su aprobacion. En este caso no abria mas guia que su capricho, o la casualidad, o las ideas del primer charlatan que allasen al paso. Es pre-

ciso que tengan reglas ciertas de apreciacion. ¿Cuáles son estas?

Esto es lo que debe enseñar el curso de los métodos. El no debe ni puede darles prácticas invariables, no debe ni puede dar sinó principios que no varíen jamas.

En efecto, si ai buenos métodos, no ai uno que sea perfecto, que sea jeneral, que sea aplicable a todos los alumnos, en todas las localidades, en todas las circunstancias; i el que anuncie métodos universales se engaña o engaña a los demas. Esto se comprende fácilmente; cada uno inventa sus procederes especiales segun sus propias facultades, su propia capacidad; i gracias a él mismo si obtiene los mas notables resultados; merced a la habilidad que le distingue i con la cual saca partido de sus medios, que excita i fecunda la atencion de sus alumnos, i merced a todas las circunstancias en que se alla, es que tienen lugar rápidos progresos. Mas no todos se encuentran en iguales circunstancias, con los mismos alumnos, la misma capacidad, el mismo ardor. Las intelijencias i las voluntades, las necesidades i las posibilidades varían al infinito. Esto es precisamente lo que constituye la obra maestra de la creacion, pero tambien es lo que echa por tierra todas las quimeras de uniformidad i de universalidad.

No obstante ai siempre en las circunstancias en que uno se alla un método mejor que todos los otros, i precisamente por la razon que todo varia i se renueva sin cesar, los métodos nuevos que inventan los ombres sábios i graves; i llevan consigo el sello de la esperiencia i de la autoridad del inventor, deben tener favorable acogida. Aun cuando careciesen de este título de

recomendacion, i no fuesen mas que obra de buena fé i de celo, podrian tener el mérito de llamar la atencion sobre algun punto descuidado en los estudios, o sobre algun medio mas de lograr buen éxito. Ordinariamente, ai imperfeccion en lo que se ataca i exajeracion en lo que se propone; pero el debate que se establece rectifica mui luego los errores, i termina siempre en pro de la verdad. La aparicion de nuevos métodos es al ménos una prueba del interes que se tiene por la enseńanza. Algunas personas se quejan del gran número de métodos que ai. Dicen que las variaciones son la ruina de la enseńanza por no saber los maestros qué acer. Esto es un error. Si ai preceptores que pierden la cabeza estudiando i comparando los métodos diversos, sería preciso, en lugar de aflijirse por su turbacion, encaminarlos a otras carreras. El preceptor digno de este título se instruye estudiando nuevos métodos, i recoje de ellos, mas luces, la certidumbre i los medios de consecucion para el suyo.

A los mentores de la juventud, es a quienes pertenece juzgar de las variaciones o de las pretendidas mejoras que se proponen; escojer de entre lo que se inventa lo que se puede practicar, i formar por sí mismos, no el mejor de los métodos para el universo entero, sino uno que sea bueno para su escuela. Véanse aquí a este respecto las reglas jenerales que deben guiarlos.

I. Observar bien a sus alumnos, sus disposiciones i sus capacidades. Consultar la localidad i sus necesidades. Calcular claramente, sin entusiasmo i sin tibieza lo que se requiere, sus medios de ejecucion, su suficiencia, su insuficiencia i despues obrar consequentemente.

II. Importa tener sobre todas las cosas un fin bien determinado. Trazar el maximun de los estudios que deban ordenar que se agan, idear el órden i la disciplina que deba establecerse, la influencia suprema que deban ejercer sobre sus alumnos i sobre sus familias. I una vez bien fijo el fin, manos a la obra, fuertes con su conciencia, con su celo, i por Dios que les a dado esta mision.

III. Siempre debe trazarse un plan de trabajo. Fijar bien las oras i distinguir con discrecion las materias.

IV. Formar sobre todo los ayudantes o monitores, con las lecciones i por medio de ejemplos. Multiplicarse al infinito, estar en todas partes i ser el mas laborioso, el mas dilijente, el mas perseverante de cuantos ayan en la escuela.

V. Sin embargo, no es bueno tomar determinaciones invariables; porque la rutina es la muerte de la enseñanza. Tampoco es bueno variar a cada instante i seria el modo de desorientar a los alumnos i de no ver jamas el resultado de tantos ensayos.

VI. El preceptor siempre debe saber bien lo que enseñe de modo que pueda decirlo sin el libro. Se enseña mal lo que se sabe poco, i la experiencia nos lo prueba todos los dias.

VII. Lo importante es acerse comprender bien. El lenguaje que se emplee a de estar al alcance de los niños, es decir de la totalidad de los alumnos; porque no basta que dos o tres mas adelantados lo comprendan; es necesario que todos puedan aprovecharse de las lecciones i todos los niños están confiados al cariño i al interes del preceptor, i ninguno debe servir

para acer brillar su amor propio, ni el del mismo alumno. Al sacrificar la clase a algunos pocos, con el fin de obtener mas elojios o ascensos mas rápidos, el preceptor ace un cálculo que no podemos ménos de condenar con tanta mayor enerjía cuanto mayor es la induljencia con que jeneralmente se mira este desvío.

VIII. Distinguir bien el niño del adolescente, i este del jóven. Si basta fijar la atencion del niño u ocupar su memoria, no es lo mismo con el adolescente: este quiere saber la razon de las cosas, i su juicio quiere ejercitarse. El jóven quiere ir mas léjos. Su imaginacion quiere componer; quiere crear, i solicita un alimento para estas nuevas necesidades. Proporciónese pues la enseñanza a las exigencias de las diversas edades. Es preciso considerarla siempre como un alimento espiritual que se presenta.

IX. Para esto, el preceptor no debe dejar que su tesoro se empobrezca. Al contrario, debe acer sin cesar nuevas provisiones; debe leer, estudiar, aprender sobre todo de memoria, ejercicio precioso i tan descuidado por los mas de los preceptores.

X. El sentimiento de un progreso puede solo sostenerlos a la conveniente altura. Que los alumnos tengan a su vez este sentimiento tan dulce. Que sepan de los preceptores i por ellos, que aprendiendo se perfeccionan, se mejoran i se enaltecen a los ojos de los ombres i a los ojos de Dios, que les a dado la razon i la conciencia para que se agan dignos, escuchando a la una i a la otra, de una condicion mejor que esta, que es enteramente de tra bajo i de pruebas.

XI. Jamas debe intentarse lo imposible. Trabajar para aorrar a los otros la pena de trabajar, pensar

para evitarles el trabajo del pensamiento, i refinar los métodos para acer de la enseñanza un juego, es la mas insensata de todas las empresas. Muchas veces se a intentado esto. Se an convertido las letras del alfabeto en confites, i la lectura no a sido sino un asunto de golosina. Esto es pervertir la infancia, adormecer sus facultades, i dejarle toda la aversion que su pereza natural experimenta al trabajo. El estudio debe, al contrario, ser un esfuerzo, porque es preciso que el trabajo se convierta en ábito, i los ábitos no se adquieren fácilmente. I acer contraer a un niño el del juego, aun cuando sea para instruirle, seria acer de él un jugador i un aragan para toda la vida. El refinamiento no conduce a nada, i no solo es imposible que el niño comprenda i aprenda sin trabajo o sin esfuerzo, sinó que su actividad se desplegaria a despecho del cuidado que tomase el maestro para contenerle. Tiene curiosidad i ambicion, tiene instinto i amor a la ocupacion. En estos juegos mismos, ensaya, inventa i combina sin cesar. Sin cesar crea i perfecciona. Si rompe i destruye, reedifica i vuelve a ordenar. ¿Por qué no abia de acer lo mismo en sus estudios? ¿I qué progresos no aria con todas estas facultades i todas estas pasiones, que son medios tan poderosos? Excítense un poco sus fuerzas, píqese su curiosidad, aliméntese su emulacion diríjase su inesperienza, e irá mucho mas allá de lo que se puede esperar.

XII. Mas no se debe dejar que exceda sus esfuerzos. *No se debe ni adormecer ni forzar las facultades de los niños; es preciso formarlas con toda la prudencia que exige la naturaleza, i obtener de ellas el progreso que aquella indica, siguiendo el desarrollo de los medios que da.*

XIII. Los primeros estudios son los mas importantes; la intelijencia toma en ellos su jiro. Que este jiro sea pues regular. Que las primeras nociones, aun las mas sencillas, sean precisas, puras i completas. Nada se debe acer aprender que no sea comprendido, esto es, explicado por el maestro.

Debe avanzarse lentamente para avanzar con seguridad; pero aváncese siempre.

Ai maestros que quieren lucir aciendo lucir a sus alumnos. Producen una especie de prodijios que agotan demasiado pronto sus fuerzas; i acaban por ser unos grandes idiotas. ¿Acaso para ocuparse de ellos deben sacrificar los intereses del mayor número?

XIV. Léjos de adelantar rápidamente con algunos de los alumnos, el preceptor debe volver atras para ir con todos. Las lecciones deben repasarse con cuidado. Los primeros estudios se gravan mal en las intelijencias, i se borran prontamente. Si se descuidan los repasos de las lecciones en que todo es nuevo, la palabra i la idea, por ir siempre adelante, i ver tambien lecciones en que todo admira, asta la espresion, el alumno recorre mucho camino sin aprender nada, i por consiguiente sin saber nada. Lo que es útil es lo que se sabe i no lo que se a sabido. Repasar es por otra parte examinar de nuevo i mas completamente; es dar al espíritu el medio de comparar las primeras ideas que le a sujerido una lección con las que concibe al volver a ella. Repasar es pues dar al alumno el medio de comparar lo que es con lo que era, i de apercibirse de un progreso, que puede ser para él oríjen de un estímulo. Nada se ace en este mundo sin esta confian-

za, i puesto qe importa tenerla, bueno es tomarla al entrar en la vida: en la escuela.

XV. La leccion de la escuela debe estar siempre en armonía con los deberes de la vida; se debe acer ver qe lo qe se enseña es bueno para algo, i mostrar su aplicacion. Mucho falta qe acer a este respecto. E aquí algunos ejemplos. Todo el mundo comprende la utilidad de la lectura i de la escritura, i este es un punto importante, i seria una reforma útil el acostumar a los niños, en cuanto empiezan a escribir correctamente, a qe lean i escriban todo lo qe se lee i escribe en las relaciones ordinarias de la vida; cartas, cuentas, contratos, recibos, inventarios i otros documentos de comercio. Se descuida esto asta tal punto qe jentes qe pasan seis u ocho años despues de salir de la escuela, en escribir muchas cosas mas o ménos curiosas, se ven obligadas a valerse de otro para dar un recibo de veinte pesos o cualquier otro escrito análogo. Este es un grave inconveniente, i la enseñanza qe no lo remueve mas bien es una ironía de enseñanza.

Por punto jeneral debe acerse útil todo lo qe se enseña a los niños, i dejar enteramente a un lado todo lo superfluo.

Si se enseña la jeografía, por ejemplo, debe empezarse por acer conocer al alumno la de su pais natal, despues la de aquella parte del mundo a qe este pais pertenece, despues la de la'Europa como centro de civilization i de las luces etc.

Si se enseña el dibujo lineal, despues de las primeras reglas o elementos se deben acer formar al alumno las figuras propias del arte, oficio o profesion a qe deba inclinarse.

En las lecciones que tienen por objeto dar algunas nociones por otra parte preciosas que ofrecen las ciencias, suelen emplearse muchos términos de física i de química que se arrojan en la memoria del niño; pero las ideas que a ellas unen los niños quedan estériles. Enséñeseles mas bien a conocer cuan sano es purificar el aire de las abitaciones, a vestirse modestamente i con economía, a ser aseados i a preservarse de todas las influencias malélicas o incómodas. En una palabra, lo útil es lo primero. Esta es la regla del buen sentido, que es todo cuanto ai de mas respetable en el mundo.

XVI. Desde el momento que la enseñanza es útil, es fácil; no fatigará al preceptor porque no fastidiará a sus alumnos. El ombre aprecia maravillosamente lo que le es ventajoso, i a este respecto, el niño mismo es ombre. Si las lecciones se reciben con gusto, tendrá el maestro que moderar el ardor de sus discípulos mas bien que estimular su curiosidad; porque la infancia está dotada de tal poder de actividad, que solo se an de regular sus movimientos naturales para que estos vayan asta donde la razon lo exige. I a esto debe limitarse la disciplina de una escuela.

Estas son las reglas jenerales de todo método. El preceptor que esté en estado de comprenderlas bien, apreciará fácilmente cual es, entre los diferentes métodos, el que conviene a sus alumnos, i en caso de no existir, él lo creará. Para el que no sea capaz de comprender bien estos principios no ai ninguno bueno, i debe abandonar una carrera para la que carece de disposicion.

Al recorrer con nosotros los principalës métodos,

se verá, como lo emos ya dicho, que no ai ninguno que sea perfecto, pero que ai siempre alguno que es el mejor en circunstancias dadas.

La disciplina está tan estrechamente ligada al método que es de él inseparable; efectivamente, ella es la que lo ace posible. Sin la disciplina una escuela es una especie de caos; la disciplina sola mantiene en ella el orden i la tranquilidad; favorece i fija la atencion necesaria para ejecutar los diferentes ejercicios de la enseñanza. Se la suele considerar como un arte difícil, i esta opinion es fundada; porque el establecer la disciplina es cosa laboriosa para muchos maestros. Para algunos es una obra imposible. Cuando el preceptor no tiene orden en sus ideas, moderacion en sus sentimientos, medida en sus palabras ni reserva en sus acciones ¿puede estar en el caso de transmitir todo esto a los niños? Mas los que an estado en buena escuela, los que se an acostumbrado a tener calma, reflexion, conducta, i templanza en todo, nada les es mas facil que acer reinar estos ábitos en los establecimientos que dirijen.

El buen preceptor, que sabe bien, que piensa bien i siente bien, enseña i dirige bien. No tiene necesidad de aprender, de teórico alguno, las reglas de la buena disciplina; las tiene en su cabeza, en su corazon; las tiene en su palabra i en toda su vida.

Los malos maestros jamas las aprenderán i para ellos no ai disciplina posible. Enséñese mal, díganse cosas que superan la intelijencia de los alumnos, esplíquese de una manera obscura i defectuosa, déjese apercibir a los niños que no se sabe mui bien lo que se les dice, que se abla, digámoslo claramente, *a diestro i siniestro*, i se provocará un espíritu de insubordinacion,

que ningun castigo será suficiente a reprimir. Agase lo contrario, sea el preceptor instructivo i metódico, modere por la dulzura i la bondad que se debe a los niños la gravedad de sus maneras i la autoridad de su lenguaje, i podrá pasarse sin usar aquellos rigores que deben establecer la disciplina en otras partes, i que tanto cuesta acer que se abandonen en ciertas escuelas, por mas que esos rigores sean indignos del maestro i de los alumnos a quienes aflijen.

Para algunos maestros, mantener la disciplina era *pegar con la disciplina*. Tales ombres no comprendian absolutamente su mision. Sin duda que se requieren otros medios represivos ademas de la reprimenda, mas no ai necesidad de valerse de castigos corporales. La aplicacion por manos del preceptor de estas correcciones irritantes es un *delito* contra ellos mismos: los desonrra, los convierte en màquinas de castigo, i cesan, al manejar la férula, de ser preceptores; son ejecutores de sus malas pasiones. Acen un mal mayor, envilecen su carrera. I esto es una especie de suicidio, cuando debian pensar, al contrario en realzar sus funciones, en ennoblecerlas, en revestirlas a los ojos del mundo con los mayores atractivos. Véanse aquí algunas reglas que pueden seguirse.

I. La primera de todas es ser justos, esto es, que el preceptor no debe exijir nada en su nombre; todo debe mandarlo en nombre del órden, de la lei, del reglamento. Jamas capricho, siempre justicia. En la escuela, como en la sociedad vale mas prevenir que reprimir; i puesto que vale mas acer imposible la falta que castigarla, que ninguno de los alumnos se vea tentado por la facilidad a acer el mal i que no alle la ocasion de acerlo.

II. El preceptor debe acerse amar de los niños; ai para esto un secreto infalible en la escuela como en el mundo. Qé él los ame, i les muestre un afecto útil.

III. Qe se aga escuchar de ellos; qe les dé buenas lecciones; tenga buenos métodos, i sobre todo un excelente modo de enseñar. Medite ántes lo qe a de decir; able con claridad, con una gracia sencilla sin afectacion, como se abla a las personas a quienes se trata de agradar aun cuando se tuviera el derecho de ablarles con autoridad. Ablese a los niños con urbanidad, con tono afectuoso; lo qe se dice de este modo produce cien veces mas efecto qe lo qe se dice de otro, i nada ai qe establezca mejor la disciplina qe las *buenas maneras* del maestro.

IV. Debe tenerse un buen reglamento de disciplina, bien meditado, bien completo, legalmente autorizado i conocido de todos, fijado públicamente, periódicamente leído i explicado a los alumnos.

V. Qe en este reglamento las penas sean proporcionadas a las faltas, i graduadas; proporcionadas, para qe aya en ellas justicia; graduadas, a fin de qe queden medios de represion para faltas mas graves.

VI. Las penas *ordinarias*, son la severidad de la mirada, la espresion verbal o simbólica del descontento, la admonicion por una o muchas palabras, la represion en privado, la represion ante toda la escuela, las notas de desaprobacion dirigidas a sus padres o tutores, la censura ante las juntas provinciales de educacion. Qe estas penas sean suficientes.

Ai otras aun: privaciones de todo jénero, el poner de rodillas, un lugar a parte, el llevar alguna señal o inscripcion de censura, el no dejarlos salir de la clase,

la marca especial i finalmente la espulsion. Todas estas últimas penas son del número de aquellas a que no debe recurrirse sino en casos *extraordinarios*, porque todas ellas están destinadas a desvirtuarse i a caer.

VII. Si alguno viola el reglamento debe ser castigado; porque es fuerza que la lei sea aplicada para que no deje de ser lei. Mas como el preceptor desgraciadamente, es a un mismo tiempo el encargado de acer el sumario, el fiscal, el tribunal i la autoridad encargada de la ejecucion, jamas debe dejarse llevar de la ira; debe permanecer tranquilo, a fin de que en este cúmulo tan estraordinario de atribuciones, sean siempre los sentimientos del padre los que dominen. Si el preceptor no debe ser nunca sinó padre de familia, este será el medio de no allarse jamas en conflicto ni con los padres, ni con los niños.

La lei no puede decir por sí misma que castiga para corregir; pero el que es la lei i el lejislador, no debe dejar de acerlo comprender así a todos.

VIII. Los castigos deben moderarse sin cesar, primero en el modo de aplicarlos, segundo en la letra misma del reglamento, a fin de que la disminucion de las penas marche a la par con la mejora de los ábitos i lo raro de las faltas.

IX. Lo mismo debe ser con respecto a las recompensas.

X. El mejor método es un buen preceptor, i tambien un buen preceptor es la mejor disciplina.

Estos son los principios jenerales. Ellos reciben diversas modificaciones i se prestan a aplicaciones variadas; pero tienen su carácter universal, i son de una eterna verdad. Toda disciplina que los violase ariaria a la

razon i al buen sentido una extorsion que no quedaria impune.

Dadas estas lecciones a los alumnos de las escuelas normales, es fácil advertir si las han comprendido todos, pero siempre es bueno, necesario tal vez, repetir las asta que todos, al ménos los que deban adoptar la carrera de preceptores estén empapados de ellas.

Preguntar i repasar son en todo jénero de enseñanza los medios mas seguros de acerse comprender i de acer que se agan progresos, i si estos dos ejercicios son el sello de todo buen método, son quizá la base de toda buena disciplina. Cuando el alumno no comprende está fastidiado o distraido. I la distraccion i el fastidio causan los mas de los delitos que se cometen en la escuela. Enséñese bien i habrá ménos necesidad de castigos.

Establecidos ya los principios jenerales de la enseñanza i de la disciplina pasemos a los métodos especiales.



CAPITULO 6.º

De los métodos—De los métodos especiales, ordinarios o aprobados.—Métodos individual, simultáneo, mútuo.

Los principios jenerales que hemos presentado se aplican a la organizacion jeneral de una escuela, a la totalidad de la enseñanza, i a ciertos ramos de esta enseñanza. En el primer caso, su conjunto constituye los *métodos*; en el segundo los *procederes*; por que se debe distinguir entre estos dos términos, pues que el de *métodos* abraza mas que el de *procederes*. Efectivamente, se debe llamar *método* un conjunto de principios i de medios que se aplican a la enseñanza en jeneral, i *proceder*, un conjunto de medios que se refieren a ciertos ramos particulares de los estudios. Así pues, debe decirse *método* de enseñanza mútua o *método* de enseñanza simultánea, i *proceder* para enseñar la lectura, o *proceder* para enseñar a escribir.

Cierto es que en el lenguaje ordinario se confunden algunas veces estas dos locuciones tan diferentes; pero esta no es razon para que el preceptor able tambien inexactamente.

En cuanto a los métodos, se creyó desde luego que el medio mas natural de enseñar, era que el preceptor explicase a cada uno de sus alumnos lo que les interesa saber, i que proporcionase sus comunicaciones al alcance de su inteligencia i de su curiosidad. Esto es lo que se llamaba a ce tiempo, i cuando se empezó a combatir este error, el método individual. Mas si este método era el mas natural, cuando el maestro no tenia mas que uno o dos discípulos, se acia impracticable en el caso de tener muchos. Fué pues proscripto de las escuelas.

Considerando la necesidad que tienen los niños de estar ocupados i la utilidad de ocuparlos durante el mayor tiempo posible, los dividieron en clases segun sus fuerzas: se dividieron a todos los de una misma clase los mismos libros i la misma tarea; se les izo leer, escribir i calcular juntos, i seguir *simultáneamente* los mismos ejercicios de lectura, de escritura, de cálculo.

Este método eclipsaba el anterior, fué casi jeneralmente seguido, i se le llamaba el método *simultáneo*. Daba a los alumnos la ventaja de oír al maestro mismo dar las esplicaciones, escuchar las recitaciones, dirijir los ejercicios, corregir los deberes i animarlo todo con su espíritu.

Este método, sin embargo, era susceptible de numerosas modificaciones. En efecto, el maestro podia reunir los alumnos de las diferentes clases a las mismas oras, o dar oras diferentes a cada clase. Podia acer leer a sus alumnos en alta voz todos juntos, u obligarlos a seguir a aquel de entre ellos que él llamaba a leer. Podia dar las lecciones él solo, o acerse ayudar, sea por un pasante, sea por algunos niños mas adelantados.

Jeneralmente se practicaba mal este método, i el maestro solo enseñaba a todos, es decir qe abandonaba sucesivamente a sí mismas las diferentes clases de la escuela. Los inconvenientes de este abandono forzado eran tan sensibles en las escuelas poco numerosas como en las otras; por qe en las cortas localidades las lecciones no eran continuas sino durante cuatro o cinco meses del año. Asi es qe el venerable, La Salle izo en la enseñanza simultánea una profunda reforma, cuando introdujo en ella un método análogo al qe se seguia para la enseñanza secundaria, creando en la misma escuela muchas clases separadas, poniendo un maestro especial a la cabeza de cada clase, i enseñándole a subdividir las clases en secciones.

Mas esta mejora no fué adoptada en todas partes. Exijia muchos maestros i muchos locales, i frecuentemente abia apénas los recursos necesarios, para sostener un solo maestro i un local único. Entonces la idea de las ventajas qe resultaban de una asistencia por la cual se multiplicaba la accion del maestro condujo a otra combinacion, o a otro método. A fin de poder reunir todas las clases a las mismas oras, i de multiplicar las clases segun todos los matices de desigualdad qe ofrecen los alumnos, se imaginó poner a la cabeza de cada grupo un alumno adelantado (o monitor), bien ejercitado en su obligacion, reservando solo al maestro la direccion jeneral de la enseñanza i de la disciplina. Esto es lo qe se llamó el método de *enseñanza mútua*, qe ya en el dia es antiguo.

Este método, emanado de un deseo de perfeccion qe es indisputable, fundado en algunas observaciones, ofrece la ventaja de asegurar a los alumnos mayor

número de lecciones, i permite ocuparlos constantemente segun sus facultades. Puede por otra parte excitar en ellos una viva emulacion, i tiende a formarlos para los mejores principios de disciplina, para los mejores ábitos de órden social, por qe enseña a la infancia el reinado de la superioridad en el momento mismo en qe comienza el desarrollo de toda capacidad. Mejor qe otro alguno, parece pues adoptado al jenio i a las necesidades del alumno.

Mas, por otra parte, tiene numerosos inconvenientes i presenta grandes dificultades. Desde luego, exige maestros mui ejercitados, mui capaces, qe puedan ver de una ojeada todo el conjunto de una escuela, seguir constantemente la marcha de todas las clases, dirigir incesantemente o al ménos vijilar a todas los monitores, i suplir su insuficiencia en todos los instantes.

Estar siempre en todas partes, tal es la obligacion del jefe de una escuela en este jénero; i léjos de disminuir la tarea de los preceptores, como algunos de ellos lo imaginan, la enseñanza mútua la aumenta. Efectivamente, es indispensable qe ántes o despues de las oras de clase, el maestro dé a sus monitores lecciones especiales i mui moderadas. Sin esta precausion, demasiado desatendida en la mayor parte de las escuelas, los monitores no comunican sinó nociones imparciales i no enseñan mas qe su propia ignorancia. I aun cuando se les prodiguen los cuidados mas asiduos, no es fácil acer de ellos, como qe son niños, verdaderos maestros. Así es qe por lo comun no se expresan sinó en términos defectuosos, isuelen desanimar a sus compañeros con sus maneras torpes i brus-

cas; los disgustan con sus insuficientes explicaciones o los extravían con falsas ideas.

Esto es lo que arruina tantas escuelas de enseñanza mútua, i lo que se opone a la adopción de este método donde florece la instrucción primaria. Hai razón para examinarlo atentamente ántes de adoptarlo, porque un preceptor mediocre suele ser soportable con el método simultáneo, en tanto que para obtener buenos resultados en la enseñanza mútua se requiere un maestro excelente.

Este modo de ver esta cuestión la hemos tomado de los echos, en algunas escuelas que hemos visitado, en las que sin faltar ninguna de las aparentes condiciones que exige este método, los alumnos permanecían estacionarios, i muchos de los que al parecer leían con facilidad i rapidez los tableros, no podían leer un renglón en cualquier otro libro. A mas podemos, a los que duden de la verdad de lo que llevamos expuesto, decirles que lean los escritos en que se ha profundizado la cuestión i alguna vez se ha resuelto en favor de un método mixto, uniendo las ventajas de la enseñanza mútua a los de la enseñanza simultánea, i variando segun las necesidades de cada lugar o segun las capacidades de cada maestro.

CAPITULO 7.º

Métodos extraordinarios—Método universal—Método socrático—Método catequístico—Método eurístico.

Al lado de estos métodos ordinarios, adoptados en las escuelas públicas i autorizados por que reposan todos sobre el principio de una enseñanza dada por el maestro, o por algunos alumnos de que es responsable; se añe un elevado otros que son en su mayor parte impracticables para las clases numerosas, o que no pueden introducirse en ellas sinó en parte, i para ciertos ramos de estudios.

No añe casi maestros que no agan alguna modificación a lo que ya está recibido, que no tengan alguna nueva idea. Las personas con mucho amor propio o de poca erudición se exajeran comunmente esta especie de ideas i suponen que ellas son otros tantos descubrimientos, otros tantos sistemas, que deben cambiarlo todo, mejorarlo todo. Al oírlos, sus métodos van a evitar a los alumnos todas las dificultades, a abreviar todos los estudios, en fin a asegurar un desarrollo igual a todas las facultades del alma. No añe mucho que se

abló de un método universal. Se aplicaba a todos los estudios. Tomaba al ombre todo entero, con todas sus facultades, i daba a todas el desarrollo mas natural i mas completo. Lectura, escritura, gramática, estilo, dibujo, pintura, música, cálculo, i jeometría, todo se enseñaba de la misma manera. Partiendo del principio que *todas las inteligencias son iguales, i del que el mejor medio de desarrollarla es el de suministrarles la ocasion de darse a sí mismas este desarrollo*, importa poco, (se decía en dicho método) por donde se empiece enséñese una cosa cualquiera i refiérase a ellas todas las demas. Todo se corresponde en la ciencia, pues todo está ligado en el mundo. Las ciencias se ilustran pues mútuamente. Lo escencial es tener desde luego una idea clara i completa, i de referir a ella las otras a medida que, un libro de estudios, el *Telémaco*, por ejemplo, el mejor escrito de todos, las presenta: ofrece el jermen i la ocasion. Enseñar de otro modo, explicar a los niños lo que no se explican a sí mismos, es dejar adormecer su inteligencia, es retardar su desarrollo, es *embrutecerlos*. Arto tiempo el maestro se a puesto en el lugar del alumno, a pensado, a ablado i a compuesto por él: ya es tiempo que el alumno piense, able i componga i es tiempo en una palabra que racione él mismo i que se *emancipe*, nadie come por él; él es el que come, bebe, duerme i dijere se baña i se viste. Si él se desarrolla así físicamente segun el jermen que la naturaleza le a suministrado, i cuya marcha an trazado las leyes del mundo, déjesele pues desarrollarse intelectual i moralmente del mismo modo que la naturaleza tambien a provisto el jermen i trazado las leyes de esta otra perfeccion. Los preceptores segun

el sistema del dicho método universal, para cumplir su tarea, no tienen mas que suministrar a las necesidades intelectuales i morales del alma los alimentos necesarios, poco mas o ménos como los suministran a las necesidades físicas del cuerpo. Tómese pues un buen libro, el mas moral i el mas fecundo en ideas, i el mejor escrito que posea la literatura nacional. Enséñese al niño cómo se lee en él, diciéndole al principio una sílaba, añadiendo despues una segunda i una tercera, despues muchas mas, i haciendo repetir sin cesar las que se le an echo ver: en poco tiempo el alumno sabrá leer; cuando sepa leer una frase la sabrá leer de memoria i cuando sepa muchas interpretará su sentido, no abrá mas que ponerle en camino por medio de preguntas, aciéndole descomponer las letras, las sílabas, las palabras, las frases, los miembros de frases. Cuando sepa unas cien pájinas, poseerá su idioma, i lo poseerá bello, pues que será el del mas puro, del mas elegante i del mas ingenioso de los escritores del pais. Ablasará como él: como Fenelon si es frances; como el Taso si es italiano; como Milton si ingles; como Cervantes si español; como Schiller si Aleman, etc. Escribirá como estos grandes ombres; i ya no abrá mas que acer que darle plumas, papel i los mejores modelos de escritura delgada; porque segun este método, es inútil graduar las dificultades, i el acer escribir sucesivamente grueso i delgado. Se dirá al alumno primero que *imite* despues que *componga*, i se le dará un asunto. Se le pedirán definiciones, comparaciones, paralelos, cuadros, narraciones, ideas, imájenes: su juicio i su memoria le prestarán ayuda para responder a todo.

Para el estudio de las bellas artes, dése al alumno cuanto ai de mas perfecto en grabado, en pintura, en escultura i ágasele copiar desde el principio el Apolo de Belveder; ágasele repetir esta copia asta qe ella satisfaga al autor del trabajo. Lo mismo para la música, ágasele atacar de frente las obras maestras de los mas célebres compositores bastando al principio con solo conocer las teclas del piano o las cuerdas del arpa, de la guitarra o del violin, despues la escala, las notas, las claves, los sostenidos etc.

Mas basta ya i aun es demasiado entretenerse con estos delirios de un pedagogo falto de sentido comun. I no obstante su método a echo un bien; a echo examinar de nuevo las combinaciones antiguas i a provocado otras nuevas. Este es el destino ordinario de las innovaciones; fecundan el pensamiento e inducen a acer el bien qe ellas mismas no acen. Es preciso no tener prevencion alguna contra las novedades; pero debe tenerse presente siempre qe el mundo es antiguo, qe muchos errores preconizados un momento, como descubrimientos útiles, an sido abandonados al olvido un instante despues. *Examínese todo i acéptese lo qe sea bueno.*

Pasemos de esta informe agregacion de miras, las unas falsas, exajeradas las otras, todas desprovistas del jenio de la pedagogia, a un método tan profundamente reflexivo como ábilmente empleado por el qe fué su autor, i qe no obstante no puede enteramente adoptarse, por célebre qe sea en ciertas escuelas estranjeras. Queremos ablar del qe Sócrates, aqel gran filósofo de Atenas, siguió con los jóvenes cuyo corazon e inteligencia se complacia en formar, i qe no des-

deñó emplear algunas veces con ombres de edad ma-
dura. Sócrates, qe vivia en el siglo quinto ántes de Je-
su-Cristo, i qe, lleno de celo por las costumbres i las
leyes de su patria, murió víctima de las enemistades
qe le suscitó su franjeza; pensaba qe sus oyentes sa-
brian mejor lo qe allarian por sí i lo qe se explicarían
a sí mismos, qe lo qe les indicase el maestro. Conforme
a esta opinion izo un método qe recibió su nombre,
el de método soerático. Este profundo pensador lleva-
ba adelante una idea, un echo, una cuestion cualqie-
ra; la acompañaba con una serie de preguntas qe de
idea en idea, de echo en echo, de comparacion en com-
paracion, de induccion en induccion, conducian suce-
sivamente a algun descubrimiento o a alguna solu-
cion importante. De conformidad con este método
an sido redactados por Platon las diálogos qe Sócrates
tenia con sus discípulos, o mas bien los qe Pla-
ton gustaba de suponer qe tenia el maestro qe él ad-
miraba con toda la profundidad de su alma. Millares
de diálogos se an compuesto a imitacion de aquellos:
Diálogos de los muertos, Diálogos de los vivos, Diá-
logos para los adultos, Diálogos de toda especie, de
los cuales solo un corto número ubiera merecido la
aprobacion de Sócrates si él ubiese podido conocerlos.

Como el preceptor debe tener una idea de los mé-
todos mas célebres, i como puede sacar algunas indi-
caciones útiles del de Sócrates, emos creido deber de-
cir de él estas pocas palabras; por lo demas, este mé-
todo no es aplicable sinó a la parte superior de la en-
señanza primaria. En ella su influencia es grande
cuando se saben manejar sus recursos. Mas qe méto-
do alguno, despierta la atencion, forma el juicio i de-

sarrolla las facultades intelectuales o morales. La antigüedad cristiana parece que lo estimó mucho así como la antigüedad pagana. En los siglos de la primitiva iglesia, los obispos i los sacerdotes lo siguieron en las instrucciones relijiosas de los catecismos. Por eso es que tomó el nombre de *catequístico*, i que S. Cirilo de Jerusalem a dado el de *catecismo* a sus lecciones de doctrina cristiana, i los libros de relijion, redactados por preguntas i respuestas, se llaman *catecismos*. Todavía se sigue este método en todos los paises del mundo cristiano, porque en todas partes se pregunta a los jóvenes catecúmenos sobre su fé. En ciertos paises se ace de este método un uso mas frecuente que en otros. Donde los preceptores están encargados de la enseñanza relijiosa, el *arte de catequizar* es especialmente cultivado. Lo es algunas veces con exceso, i entónces forma el racionio más bien que el sentimiento, i excita la imajinacion mas bien que no enriquece la memoria. En cuanto a los preceptores que no están encargados de explicar el catecismo, por ser esta incumbencia de un sacerdote, sinó de acerle recitar, deben limitarse a aplicar *algunas veces* el principio de las interrogaciones continuadas a la Istoria Santa, al exámen de las virtudes i de los vicios que ella refiere a la de los consejos i de las lecciones de sabiduría que ella encierra.

Se a dado a un método que tiene mucha analogía con el *Socratismo* el nombre de *método Eurístico* (1), o *Arte de allar*. Consiste en acer pasar a los alumnos por unos ejercicios que les acen *descubrir* o *allar* ciertas verdades. Por ejemplo, en vez de decirles *tres veces*

(1) Palabra griega que significa *Lo que sirve para allar*.

cuatro acen doce, se les obliga a tomar tres veces cuatro objetos, a contarlos i a indicar el resultado de esta operacion. Se cree qe a consecuencia de esta operacion, comprenderán mejor esta verdad, qe de ordinario se les dice i qe no siempre comprenden; esto es, qe la multiplicacion no es otra cosa, qe una suma abreviada. Mui bien puede ser así, i debe tener algunas ventajas en una leccion particular, en una enseñanza extraordinaria, mas no siempre es útil ni aplicable para las clases ordinarias i numerosas.

Este principio, qe es preciso inducir al niño a qe él mismo se dé su leccion, es disputable en su jeneralidad, i su aplicacion exijiria mucho saber de parte del maestro. El niño no puede enseñarse sinó lo qe él sabe; i por lo comun, sabe tan poca cosa qe apenas ofrece un punto de partida al maestro. Ya un poco adelantados los alumnos, les gusta, es verdad, acer uso de sus conocimientos i se prestan a las interrogaciones, a los diálogos mas útiles; pero el arte de enseñar por medio de preguntas es tan difícil i exije por parte del preceptor una intelijencia tan rica i tan cultivada, qe apenas puede aconsejarse con ciertas condiciones.

Véase aquí un ejemplo qe debe acer comprender a un tiempo toda la importancia i todas las dificultades de este método. Se trata de acer qe el alumno alle esta doble verdad: *El Avaro es tonto i desgraciado.*

Para acer sentir al niño todo el alcance de estas verdades, debe introducirsele en la vida ordinaria. No supondremos, para tener respuestas mas fáciles, alumnos mui instruidos; al contrario, mui ignorantes, como los ai en todas partes, i de una grande i natural franqueza, como los debe aber siempre. Creemos qe este,

es el medio de acer mas palpable este jénero de instruccion.

El Maestro. Ijos míos ¿qué opinais vosotros de los avaros: son sabios o tontos, felices o desgraciados?

Eujenio. Yo no sé.

El M. Reflexionadlo un poco.

Euj. Yo no os comprendo, yo no sé lo que es reflexionar.

El M. Sin embargo vais a contestar al instante mi pregunta: no es mui difícil; lo vereis cuando me ayais contestado otras. Decidme, el que no gasta mas que lo preciso i guarda el sobrante para el porvenir ¿obra con cordura o con indiscrecion?

Euj. Obra con indiscrecion.

Cárlos. Obra con cordura.

El M. Eujenio, vos sois el que os engañais. Meditad vuestra respuesta: vos creéis que se debe gastar cada dia todo lo que se gana, i no guardar lo superfluo para las necesidades del porvenir. ¿Esta es vuestra opinion?

Euj. No; ya veo que no e puesto bastante atencion a vuestra pregunta: yo quise decir que acumulando para un tiempo que jamas llega, se vive mal sin estar precisado a ello; miéntras que pensando ménos en enriquecerse, se alimentaba uno, se vestia mejor, llevando mejor vida.

El M. Todo esto es cierto; pero cuando se gasta cada dia todo cuanto se gana, ¿qué queda para un caso de enfermedad, para la vejez, para una necesidad imprevista?

Euj. En verdad que no abia pensado en esto.

Car. Yo sí lo abia pensado. Nuestro vecino Diaz gastó toda su fortuna cuando jóven i aora que es vie-

jo, que no está en estado de trabajar, se vé reducido a mendigar su subsistencia; i oigo decir a menudo a mis padres que no es prudente semejante conducta.

Euj. Sin duda, i comprendo perfectamente que es un tonto de portarse así. (1)

El M. ¿Qué os parece Santiago, es prudencia economizar para el porvenir?

Santiago. Sí; es preciso aorrar i economizar como se dice, todo lo que se pueda i siempre lo e oido decir así.

El M. ¿Los que mas economizan son pues los mas entendidos?

Sant. Son los mas entendidos.

El M. Los avaros son los que mas amontonan; ¿son ellos los mas entendidos?

Sant. Ellos son los que guardan mas para los dias de enfermedad i para la vejez.

El M. Sabeis bien lo que es un avaro?

Carl. Yo creo que lo sé; avaro es un ombre que tiene mucho dinero i gasta poco, a fin de guardar todo lo mas que puede para lo futuro.

El M. Los banqueros i los recaudadores que tienen mucho dinero en su caja, ¿son avaros? Ellos no gastan nada de este dinero. ¿Será por avaricia?

Carl. No; los recaudadores meten el suyo en la caja del estado i no guardan nada para el porvenir, pero los banqueros.....

El M. Pues bien, los banqueros, i otros mas aun, las personas ricas que acen muchos gastos i los comerciantes que tienen vastas relaciones, ¿no pueden tener mucho dinero en sus cofres, o billetes de banco en sus carteras, sin que por eso sean avaros?

(1). Roberto castellano. y mas cuando ha salido del magin lo un miembro de la universidad

Carl. Yo no quiero decir que todos los que tienen mucho sean avaros; quiero decir solamente que lo son los que tienen mucho dinero i no lo dan a nadie, que lo guardan para sí solos, i que les gusta contarlo o contemplarlo, en vez de emplearlo útilmente.

El M. Algo de eso es. Se llaman *avaros* a los que tienen los medios de alimentarse, de vestirse i de alojarse decentemente: que además tienen el deber de socorrer a los pobres i hacerles bien i que no lo hacen prefiriendo acumular capital a capital, interés a interés. ¿Esto es prudencia o necesidad?

Sant. Esto es malo.

El M. Sin duda; pero no es esto lo que yo pregunto; quiero saber ¿si es necesidad o prudencia por su parte el obrar de este modo?

Carl. Yo no lo sé exactamente; percibo bien lo que se llama prudencia i necesidad en este caso.

El M. Se llama prudente la conducta del que sabe i hace su deber, en primer lugar obedeciendo a Dios, después tratando de granjearse el aprecio i la consideración de los hombres de bien. Se llama tonta la conducta de aquel que no obedece ni a Dios ni a su razón, ni a su conciencia, i que se hace aborrecer i despreciar por las personas honradas. Ahora decidme ¿el avaro obedece a Dios, a su conciencia i a su razón? I después decid ¿el avaro se hace apreciar i querer, o bien se hace detestar i despreciar?

Carlos. Desobedece a Dios que nos manda ser caritativos. Se hace despreciar i aborrecer, como vos decís.

El M. De este modo se hace culpable a los ojos de Dios que le confía tesoros, i con estos medios de acer-

117

se bendecir, se ace despreciable ante los ombres qe le juzgan; ¿es cordura el acerse despreciable?

Carl. Es tontería. *Y tambien la pregunta.*

El M. Pero qizá el avaro sea dichoso; él gusta, se dice, del espectáculo de un cofre lleno; le gusta el sonido de los escudos: ¿es esta una felicidad qe no tendria si no ubiese amontonado tesoros?

Euj. Sí, el avaro tiene momentos en qe es dichoso.

El M. ¿Creeis, Santiago, qe estos momentos sean muchos i qe ellos le indemnizen de las penas, de los cuidados i de los tormentos qe sufre en otros?

Sant. Yo no sé.

El M. ¿Un ombre aborrecido i detestado puede ser dichoso?

Cant. No; yo lo creo así, i ubiera debido decirlo ántes.

El M. El avaro para guardar mejor sus tesoros, se ve forzado a no salir de casa, a cuidar sus cofres. Se separa de todo el mundo asta de sus amigos, si puede tenerlos; desconfia de sus criados, i algunas veces asta de sus parientes. Para satisfacer su pasion favorita, la de amontonar oro, renuncia a los goces del corazon, los mas dulces de todos. Es esclavo de su tesoro. Es el prisionero del qe él tiene cautivo. Cuando por casualidad sale, le aflije sin cesar el temor de ser robado, si lo es, no se consuela de su desgracia. Sin cesar se imajina qe le tiranizan i le engañan; cada gasto le arranca un suspiro; muere con crueles martirios para su alma mas destrozada aun por el pesar qe por el remordimiento, porque se reprocha no aber tenido caridad ni filantropía; jime, sobre todo, al abandonar para siempre la única cosa qe ama. A echo

de su oro su Dios; cuando debe separarse de él le parece que ya no tiene Dios.

Los Niños. Oh! desdichado!!

El M. ¿Sabeis aora lo que son avaros?

Los Niños. Sí, Sí!

El M. Yo lo creo; mas no penseis que todos los avaros se parecen; que todos se alimentan, se visten i se alojan mal; que todos están mirando sus cofres para contemplar sus escudos; que todos mueren en las privaciones como aquel millonario de Lóndres que llevaba en su corbata un millon en billetes de banco i que se dejó morir ántes de acer el gasto de un caldo a una ora no acostumbrada. Ai avaros de todas especies; los ai tambien que, en ciertas ocasiones gastan locamente una parte de sus tesoros; porque la avaricia se une algunas veces a otro vicio mas ridículo aun, el de la ostentacion. Basta ya para la primera leccion sobre este asunto.

En efecto, materias ai que difícilmente se agotan, i no ai nada mas defectuoso, nada ai que engañe mas que las áridas definiciones que damos ordinariamente a la infancia sobre los trabajos i virtudes que tenemos que explicarle. Nada podria por otra parte, formar el espíritu i el corazon como un buen método de preguntas. Mas, repetimos, este método no es de fácil aplicacion. Para que sea útilmente practicado, es preciso que lo sea con grande habilidad, i añadiremos aora algunas reglas al ejemplo.

I. Debe explicarse desde luego de un modo claro la materia, el echo, la cuestion sobre que deben acerse

las preguntas, i no intentar lo imposible, es decir, el enseñar por medio de preguntas, lo que las preguntas no podrian jamas acer conocer. Seria absurdo, por ejemplo, pretender enseñar la istoria por medio de preguntas; pues no sabiendo el alumno nada de ella, no sabria que responder. Lo mismo sucede con todo lo que se refiera a fechas i a los echos en la ciencia. Cuando se trata de echos morales, al contrario, de echos de observacion, sobre los cuales el espiritu del niño a podido ejercitarse un poco, será fácil llevarle a conocer con claridad lo que no veia sinó obscuramente, entregado a sí mismo.

II. Siempre que se agan preguntas debe tenerse presente el punto a que se desea llegar. Es preciso ser siempre el piloto que dirige constantemente su bajel de modo que pueda abordar al punto que de antemano a elegido, i de un modo que pueda inspirar una confianza absoluta. El embarazo i la duda acen perder todo prestijio, toda autoridad.

III. Que siempre las preguntas tengan relacion con la última respuesta que los alumnos an dado; cualquiera que ella sea, buena o mala, es preciso aceptarla. El niño debe ver que se ace caso de lo que dice, i que por la superioridad de razon del preceptor, éste es capaz de conducirle del error en que a incurrido, a la verdad que se le quiere acer conocer.

IV. Jamas debe mostrarse la menor impaciencia por ninguna respuesta dada de buena fe. No siempre tiene la culpa el alumno cuando responde mal; suele a veces depender de que la pregunta es oscura, vaga, ambigua. Siéntense cuestiones sencillas, claras, precisas i cortas, al alcance de los alumnos i se obtendrán res-

puestas firmes i claras, por defectuosas qe sean bajo otros respectos.

V. Qe cada una de las preguntas despierte la atencion i ocupe la reflexion del alumno. Debe evitarse acer aquellas qe solamente provocan un sí o un no maqinalmente articulado. Tampoco deben aqerse aquellas preguntas qe tienen únicamente por objeto acer repetir la afirmacion o la negacion qe ellas contienen.

VI. Para qe los alumnos agan uso de todo su talento, es preciso dejarlos en libertad. Para ello es preciso qe el preceptor se alle tambien sin sujecion, es decir, qe sepa perfectamente lo qe quiere enseñar i qe aya calculado bien las respuestas qe pueda obtener. Prepárense las preguntas con cuidado, i si necesario fuese debe ejercitarse el preceptor por escrito en este arte tan difiçil. La constancia es indispensable, porque nada es imposible cuando no se sale del círculo de las cosas razonables. No obstante si este método no da buenos resultados, debe abandonarse inmediatamente puesto qe solo es aplicable i útil a circunstancias dadas. Pocas obras ai escritas sobre este arte de tanta importancia, i aun sin eso es preferible a estudiarlas i verlas de un extremo a otro, el qe el preceptor ensaye por sí mismo lo qe en ellas se dice, aciendo las modificaciones necesarias al lugar i a las circunstancias. Así evitará ser un rutinero indiscreto; porque nunca se repetirá demasiado la verdad de qe no todo lo qe es útil en ciertos paises i en ciertos casos lo sea cuando unos i otros varían.

CAPITULO 8.º

Urbanidad—Buenos modales=Cultura de lenguaje—Aseo.

Ablarémos lijeramente sobre los puntos de este capítulo qe por su naturaleza son tratados con mas extension en los catecismos de Buena crianza, su código especial.

Esta razon, empero, no nos exime, al prescribir las reglas qe los preceptores deben seguir en la educacion de sus alumnos, de apuntar algunas observaciones qe nos a sujerido nuestra propia experiencia sobre cada una de las dotes qe debe poseer todo ombre culto.

Por desgracia los preceptos de urbanidad están poco o nada atendidos por los encargados de la educacion. Ubo un tiempo sin duda de mayor atraso intelectual, bajo muchos respectos, en qe los jóvenes tenían respeto i consideracion a las personas qe les eran superiores en carácter, en edad i en condicion; tratándolas con aquella deferencia qe las reglas de buena educacion establecen i están en práctica en todo pais

civilizado. Esto no sufría alteracion sensible cualesquiera que fuesen sus instituciones políticas; porque el dogma reconocido de la igualdad no es como desafortunadamente creen algunos una segur niveladora que todo lo iguala i confunde. En el día, lo decimos con pesar, no son muchos los jóvenes ni los niños que observan tan útiles reglas i que al transitar las calles ceden el lugar preferente de las aceras a una señora, a un sacerdote, a un anciano, a un ombre constituido en dignidad; i gracias si al pasar por su lado no le arrojan una bocanada de umo del cigarro que no dejan de la boca.

No exijimos de manera alguna una apocada i abyecta servilidad, que detestamos de todo corazon. Lo que pretendemos es que no se olviden los mútuos respetos, las concesiones gratuitas i recíprocas, que unos a otros se deben los miembros de la familia umana, aquella especie de veneracion por el sexo, la condicion, la ancianidad, justo i nunca umillante omenaje que a estas clases se debe, i que todos tributamos i recibimos sucesivamente.

Nuestro designio es restaurar los preceptos descuidados del código de urbanidad que, ideas arto exajeradas, an echo desaparecer en parte, sin que sea posible atinar con las ventajas de esta desaparicion, pues es bien fácil conciliar la dignidad personal con la cortesía.

Los buenos modales, esa nobleza indefinible que acompaña siempre las acciones mas indiferentes de las personas de buen tono, no son por cierto los que mas lucen en los establecimientos de educacion, i a este respecto no es grande la diferencia que notamos

entre los que frecuentan aquellos i los que no an pisado sus umbrales.

Algunos preceptores creen que llenan perfectamente sus deberes, i que sus alumnos están acabadamente educados si an adquirido algunos conocimientos científicos o literarios, sin echar de ver que la falta de delicadeza en los jóvenes, i la grosería de sus modales es una acusacion grave contra ellos.

Nada mas comun que la incorreccion de lenguaje en los alumnos de las escuelas. Increible pareceria, a no verlo, la incuria que manifiestan algunos preceptores respecto a este punto importante de la educacion. Se enseña a los jóvenes el idioma patrio; muchos saben de memoria la gramática castellana, es verdad, pero gran Dios! de qué les sirve saber de memoria la conjugacion de los verbos, de qué la ortografía, la analogía i la sintáxis, si constantemente an de decir i escribir *dentrar* por *entrar*, *espelma* por *esperma*, *esparda* por *espalda*, *cabayo* por *caballo*, *el* pirámide, por *la* pirámide; *cualesquiera* cosa por *cualquiera* cosa; *ubieron* fiestas por *ubo* fiestas; mujeres *medias* presumidas, por mujeres *medio* presumidas etc.

Una buena parte del reproche que este descuido se merece, corresponde a la España que legó a sus hijos una especie de incuria por el estudio del idioma patrio. / / Entre los Ingleses i Franceses de educacion es raro allar quien no observe con rigor las reglas de ortografía asta en las cartas familiares, i esto a pesar de que la palabra escrita en estos dos idiomas difiere tanto de la palabra articulada.

Réstanos decir algo sobre el desaseo que reina en algunas escuelas primarias, desaseo de que todo parti-

Gracias a la ortografía y a la sintaxis del presente opúsculo, este defecto se va subsanando en Chile.

cipa, i que se debe exclusivamente a la indolencia de sus directores. Emos visto algunas de ellas donde todo es repelente: el local, las mesas, los útiles, el preceptor, los alumnos. Nada de limpieza, de regularidad; todo es confusion i desórden. La utilísima regla de poner *cada cosa en su lugar* i tener *un lugar para cada cosa*, que es el único medio de allarla cuando se necesite, de proceder con método i de no perder el tiempo en buscarla, no se practica i puede asegurarse que no es conocida.

Podrá creerse que ai exajeracion en esta pintura, que son cargados los colores de este cuadro. Protestamos sinceramente que es una fiel copia del orijinal. El cuadro está a la vista de los que qieran verlo; i el que quiera recorrer las escuelas primarias de la capital verá en algunas la irrefragable prueba de esta triste verdad.

Cierto que ai establecimientos, en particular aquellos en que se suministra la instruccion superior, donde impera el órden i la regularidad que tanto facilitan los progresos; pero repetimos que ai otros donde reina el descuido, cuyos locales son oscuros, sin ventilacion, inadecuados, indicio cierto del olvido en que asta aora an estado las escuelas primarias, i cuyo desamparo reclama imperiosamente que el Gobierno lleve a cabo las miras que a este respecto a desplegado.

Una de las causas a que podriamos atribuir la falta de aseo personal que emos notado en algunos niños, es la creencia que timoratos de buena lei tienen de que es una virtud moral esa especie de abnegacion de sí mismo, ese descuido corporal, i considerando todo lo que concierne a la compostura como un objeto mun-

daño. ¡Cómo si no fuera posible allar un término medio entre la presuntuosa afectación i un repugnante abandono!

Pocas son las prescripciones que daremos a los preceptores a fin de que remedien los males que se siguen de ese descuido que acabamos de censurar.

Para enseñar los principios de urbanidad sin perjuicio de ver i de aplicar, en todos sus pormenores, lo que se recomienda en los tratados de este ramo de la educación, basta encargar a sus alumnos, que tengan por sus padres, por sus superiores, en toda la extensión de la palabra, el respeto que su superioridad les dá haciéndoles entender que a su vez si ellos no se acen indignos por su mala conducta, recibirán de sus inferiores igual respeto. ¿Podrá ser tal el trastorno de ideas que se repunte una falta de republicanismó el respetar al que vale mas, no por su cuna sinó por su posición social, sus años o sus eminentes cualidades? ¿Será dar muestra de servilismo i de atraso el ceder el asiento a un sacerdote, a un magistrado, a un valetudinario? No por cierto, i se engañan los que tan mal comprenden la revolución de la época, que entre sus exigencias una de ellas es que se jeneralizen i se perfeccionen los modales i la cultura de lenguaje.

No es nuestra intención que estos modales toquen la ridiculez o la afectación; i todo preceptor dotado de sentido comun puede mui bien distinguir los que en la sociedad son admitidos como buenos i cuáles los que revelan la grosería. El desperezarse, el eructar, el comer a dos carrillos, beber cuando la boca está ocupada, tomar con los dedos o con el cuchillo lo que se debe tomar con el tenedor etc, son acciones que como

11) ¡Qué facilidad de estilo! que gracia
tén! —

otras muchas que omitimos por no ser difusos, se miran como groseras i dignas de ser reprendidas por los preceptores asta lograr estirparlas.

La incorreccion del lenguaje ablado se corrige a fuerza de acer cambiar a los alumnos la frase incorrecta por la frase exacta: por ejemplo, dice el alumno *vide* al *dentrar* que el *sor* te daba en la *espada*: el preceptor le advierte que debe decir *vi* al *entrar* que el *sol* te daba en la *espalda*: aciéndosela repetir muchas veces i en alta voz para que esta leccion sirva a un tiempo mismo para todos. Creemos que este medio tan sencillo bastará a corregir los vicios que tienen por lo comun los niños de las escuelas, i de que con asombro nuestro vemos participar a personas que por su edad i por sus conocimientos literarios debian estar al abrigo de estas imperfecciones.

Tambien debieran los preceptores poner sumo cuidado en que sus alumnos no usen jamas palabras torpes i obscenas, o sucias i aun aquellas que sin serlo propriamente son indecorosas i mal recibidas en la buena sociedad.

No nos parece de todo punto inútil recomendar a los preceptores que acostumbren a los niños a tratarse mutuamente, no diremos con respeto, pero sí con civilidad, i el medio mas propio de lograrlo sin grande esfuerzo es el de emplearlo ellos mismos, llamando a cada alumno por su apellido precedido de la palabra señor. *Señor Gutierrez, Señor Diaz* i no como emos oido repetidísimas veces, *Gutierrez trae esto o Diego escribe.*

Por lo que respecta al aseo todavía nos parecen mas óbvias las reglas que podemos prescribir, una sola: la

CAPITULO 9.º

Curso de instruccion moral i relijiosa.

E aquí el último de los cursos, el mas importante de todos, i sobre el que daremos pocas reglas pero precisas. El constituyete una enseñanza aparte; porque no se trata de las leyes i de las fuerzas de la naturaleza, del número i magnitud de los objetos, o de su cantidad o extension; tampoco del arte de pensar i de ablar conforme a las reglas del lenguaje: sinó del deber de pensar, de ablar i de obrar segun las reglas de la moral i de la relijion, o segun las leyes divinas que presiden los destinos del jénero umano. Ya emos ablado de las facultades que an sido dadas al ombre para que pueda llenar estos destinos; aora trataremos del modo de conducir estas facultades a obedecer las leyes que gobiernan el órden moral del mundo. I este es un estudio bien grave i bien importante.

Lo es de un jénero aparte, i no solamente pone en juego tales facultades morales e intelectuales o tales otras; las reclama todas, porque la relijion las pone to-

120

das al servicio de una misma autoridad; las gobierna i las domina todas en nombre de Dios.

Al primer aspecto, se diria que este no es el estudio mas importante para los preceptores, ni el mas especial; que no tiene este carácter sinó para los eclesiásticos encargados del glorioso privilejio de enseñar la moral i la relijion. En verdad, los preceptores no están encargados de estas lecciones, pero están llamados a secundarlas, a prepararlas i a repasarlas, aunque no a darlas. ¿No es natural que agan de ellas siquiera un objeto secundario?

Porque ellos no solamente son fieles, sinó del número de aquellos fieles que deben dar ejemplo a los alumnos.

Deben a estos algo mas que el ejemplo, les deben i están obligados a dar a las nuevas jeneraciones la direccion, los hábitos, todo el espíritu i todo el poder de una educacion moral i relijiosa.

¿I cómo podrian estar en estado de llenar esta mision, los que no ubiesen echo ántes un estudio completo de aquellas reglas i aquellos deberes? ¿Qué autoridad conservarían los preceptores sobre los espíritus tiernos, si la superioridad que deben tener en todos los conocimientos, les faltase precisamente en aquellos que a los ojos de la sociedad son de tan vital interes?

Todo pues los obliga a aplicarse i a consagrarse con aincó a este estudio. Es casi indispensable conocer la *istoria sagrada*, el *culto* que profesa la nacion i la *moral*. No nos es fácil dar aquí una indicacion determinada acerca de las obras donde deben beberse las sanas doctrinas. Pero sí sentaremos por principio jeneral, que el preceptor no solo debe aprender en los li-

bros este punto esencialísimo de la educación para poderlo enseñar, sino que debiendo acompañar el ejemplo a las lecciones, a de creer i practicar lo mismo que enseña.

Las lecciones que un sacerdote puede dar en las escuelas en punto de religión i de moral, no secundadas por el preceptor, que es el que vela incesantemente sobre las acciones de los alumnos, serian incompletas i sus frutos pocos sazonados. Así pues, está probado que el que quiera hacerse digno de aquel título, corresponder a la confianza de los padres, a las miras del gobierno, a su augusta misión, no debe perder un solo instante de vista que la virtud es ántes que todo, que los progresos humanos sin aquella prenda sublime son otros tantos medios de extravío i de perdición cierta.

Para ello es preciso que el preceptor se asocie, a fin de llenar este deber, a la acción religiosa del sacerdote.

También es indispensable que éste no solo pueda contar con que el preceptor concorra con su persona i su presencia material, sino con su sincera cooperación, con sus simpatías por las creencias religiosas, con su fé a las doctrinas que aquel predica.

El preceptor debe poseer una instrucción moral i religiosa tan completa como debe ser la de un creyente, i a más amar la religión i practicar sus preceptos del modo ejemplar que exige la salud de las tiernas almas que están confiadas a su dirección.

En algunas escuelas se contentan sus directores con dar una lección semanal del catecismo cristiano de un modo material i mecánico que no deja en el espíritu de los alumnos ninguna idea acerca de la religión; cuan-

do la enseñanza profunda de ésta las inspira tan sublimes que sirven sin disputa de bálsamo consolador en todas las penalidades i de norte seguro de todas nuestras acciones.

Nuestras facultades morales i religiosas no llegan a aqel grado de desarrollo necesario sinó por medio de un estudio i aplicacion sinceros.

Nadie ignora cuales son las fuentes donde se beben las inspiraciones que demandan los ejercicios de una vida virtuosa, cuales son la direccion espiritual i los consejos religiosos de que se necesita echar mano para llenar tan santo fin, i los encargados de la salud del alma pueden suministrar a los preceptores este pan de la vida.

No será inoportuno acer ver cuan importante fuera que los curas de las parroquias, los verdaderos pastores encargados de velar en ellos, de difundir los sanos principios de moral i de virtud, tengan toda la injerencia que su carácter les da i sus deberes les imponen en la instruccion religiosa de las escuelas de su feligresía.

Su influencia produciría un trastorno favorable en las ideas; i difundiendo la moral evanjélica i los preceptos de amor i de caridad que el supremo acedor quiere que reinen en la tierra, ésta sería para las jeneraciones venideras una mansion de paz i de confraternidad, atenuándose los odios i las malas pasiones que la ignorancia enjendra i perpetúa.

de la enseñanza profunda de esta las inspi-
bles de suven sin disputa de palmaso consolador en
todas las pedales i de norte según de todas nes-
tras acciones.

Nuestras facultades morales i religiosas no llegan a
del grado de desarrollo necesario sino por medio de
un estudio i aplicación sinceros.

Nadie ignora cuales son las fuentes donde se be-
ben las inspiraciones de demandan los ejercicios de
una vida virtuos, cuales son la dirección capitul i
los consejos religiosos de pese necesita echar mano pa-
ra llevar tan santo fin i los encargados de la salud
del alma pueden suministrar a los preceptores este
pan de la vida.

No será oportuno aver ver cual importante fuer
de los curas de las parroquias, los verdaderos pastores
encargados de velar en ellos de dilucidar los sanos
principios de moral i de virtud, tengan toda la inje-
rencia de su carácter les da i sus deberes les imponen
en la instrucción religiosa de las escuelas de su fel-
lesia.

En influencia produce un trastorno favorable en
las ideas i difundiendo la moral evangélica i los pre-
ceptos de amor i de caridad de el sublime acedor dis-
re de tener en la tierra, ésta sería para las genera-
ciones venideras una mansión de paz i de confortami-
dad, atenuándose los odios i las malas pasiones de la
ignorancia envidia i perdetas.

